



PUERTO DE IDEAS
de la A a la Z

a b c

ch d e

f g h i

j k l ll

m n ñ

o p q r

s t u v

w x y **z**

Puerto de Ideas
de la A a la Z

Puerto de Ideas
de la A a la Z



conmemora diez años desde
el primer Festival
Puerto de Ideas
Valparaíso.

Puerto de Ideas de la A a la Z
Leila Guerriero (ed.)

Santiago de Chile, junio 2020.

Imagen portada: Fotografía de Alfredo Jaar. *Buscando a España*, 2012.

Esta fotografía fue tomada en unas ruinas en Argel, la capital de Argelia. Es un lugar donde se esconden inmigrantes en la noche antes de tomar pequeñas embarcaciones para tratar de alcanzar la costa española.

Coordinación y corrección de estilo: Loreto Ortúzar.

ISBN digital: 978-956-9058-36-3
ISBN impreso: 978-956-9058-37-0
Registro de propiedad intelectual: 2020-A-3732
© Puerto de Ideas
www.puertodeideas.cl

Diseño y diagramación: María Soledad Sairafi
orjikh.editores@gmail.com
www.orjikheditores.com

Impresión: Imprenta Salesianos S.A.
Impreso en Chile.

Puerto de Ideas *de la A a la Z*

Edición de Leila Guerriero

FUNDACION
PUERTO DE IDEAS

Índice

<i>Presentación</i>	Chantal Signorio	11
<i>Abecedario</i>	Juan Villoro	13
A <i>activismo</i>	Raúl Zurita	20
B <i>belleza</i>	Rafael Gumucio	24
C <i>creatividad</i>	Pablo Simonetti	28
Ch <i>Chile</i>	Agustín Squella	34
D <i>diálogo</i>	Lina Meruane	38
E <i>encuentros</i>	Sonia Montecino	42
F <i>futuro</i>	María Teresa Ruiz	46
G <i>goce</i>	Adriana Valdés	50
H <i>habitar</i>	Patricio Fernández	54
I <i>imaginación</i>	Nona Fernández	56
J <i>juego</i>	María José Ferrada	60
K <i>kino</i>	Valeria Sarmiento	64
L <i>lenguaje</i>	Sebastián Errázuriz	68
Ll <i>llenar</i>	Nancy Yáñez	72
M <i>memoria</i>	Claudia Campaña	76
N <i>nosotros</i>	Elicura Chihuailaf	82
Ñ <i>ñ</i>	Andrea Jęftanovic	88

O	<i>obsesión</i>	Andrés Claro	92
P	<i>palabra</i>	Álvaro Viguera	96
Q	<i>Qapac Ñan</i>	Olaya Sanfuentes	100
R	<i>realidad</i>	Óscar Contardo	104
S	<i>saberes</i>	Francisco Mouat	108
T	<i>territorio</i>	Eugenio Dittborn	113
U	<i>universo</i>	Alejandra Costamagna	118
V	<i>viaje</i>	Rafael Sagredo	124
W	<i>web</i>	Pablo Chiuminatto	128
X	<i>xenofobia</i>	Carlos Peña	132
Y	<i>yo</i>	Constanza Michelson	136
Z	<i>zaguán</i>	Cristián Warnken	142
	<i>Autores</i>		145
	<i>Agradecimientos</i>		157

Presentación

Chantal Signorio

En este 2020, el Festival Puerto de Ideas Valparaíso cumple una década. Un tiempo que acontece en condiciones completamente distintas a lo que podríamos haber esperado, cuando en aquel principio, con modestia pero solidez, propusimos el sueño común de fundar un festival de las ideas y la creatividad en la ciudad-puerto más importante de Chile. Un ciclo anual que construyó, a lo largo del tiempo, una comunidad que –aunque se da cita sólo una vez al año por tres días– se ha consolidado, fundando una tradición que se repite cada noviembre.

Mirar ese recorrido desde hoy emociona, más aún cuando las circunstancias de este aniversario están marcadas por una pausa en la forma más propia de convocar que tiene Puerto de ideas, que consiste en la reunión y el diálogo en torno a la pasión que mueve a los grandes creadores, investigadores e intelectuales.

El Festival ha crecido con constancia, transformándose en una invitación abierta a conocer el pensamiento y la obra de los invitados a través de un programa que aporta vida a la ciudad de Valparaíso y sus principales espacios culturales. Con formatos heterogéneos, charlas, conferencias, espectáculos, entrevistas, recitales, conversaciones y lecturas se alternan en una secuencia intensa y activa y conforman una agenda repleta, una propuesta cultural comprometida con la formación de audiencias

y espectadores, así como con las comunidades educativas de la región. Cada año, en paralelo a las actividades abiertas al público, profesores y estudiantes participan fraguando un vínculo que excede el marco del Festival, con talleres y clubes de lectura que comienzan antes y quedan para siempre. Así, en diez años hemos alcanzado un público cada vez más amplio: ciento sesenta mil personas han asistido a las charlas de más de cuatrocientos conferencistas, y hemos logrado el sueño de convocar y fidelizar a una audiencia atenta.

Para celebrar, a pesar de los tiempos, no quisimos ofrecer una memoria acumulativa, ni un resumen ejecutivo o poético, ni un compendio. La propuesta es este libro coral en torno al abecedario y las palabras, un diccionario dispuesto a aceptar nuevas acepciones e interpretaciones. Es por esto que invitamos a científicos, directores de teatro, artistas visuales, historiadores, poetas, escritores, filósofos, que han participado como conferencistas en el Festival, a escribir acerca de una palabra asignada. Reunimos veintinueve voces nacionales para recuperar la condición comunitaria de la cultura que, sin las audiencias y los espectadores, no existe, se desvanece.

Puerto de Ideas de la A a la Z busca proponer una forma de pensar el porvenir en colaboración, desprendiéndonos por un momento de la idea de futuro y de pasado, tal como pareciera exigirnos este tiempo, esta pausa. Los textos que recoge este libro tributan a ese festival que renueva año a año la vocación por honrar la creatividad, el aprendizaje y la curiosidad.

Abecedario

Juan Villoro

“Ordenar una biblioteca es una manera silenciosa de ejercer el arte de la crítica”, escribió Borges. Esta idea parte de un presupuesto esencial: no hay voces individuales. Toda obra prospera en densidad; depende de precursores y en forma voluntaria o accidental dialoga con otras obras; se beneficia de sus hallazgos, pero también de sus errores: Ptolomeo, que estaba equivocado, permite aquilatar la razón de Galileo.

Al igual que las bibliotecas, los ciclos de conferencias y las mesas redondas se deben a un espíritu gregario y ponen en práctica uno de los más curiosos inventos de la especie: la conversación. Las disertaciones solo adquieren pleno sentido al relacionarse con otras y al someterse al juicio y las intervenciones del auditorio.

Forma de aprendizaje y convivencia, el diálogo no agota un tema ni aspira a resolverlo para siempre. Su sentido profundo solo se descubre mientras sucede. Por el solo hecho de hablar ante los otros, y recibir respuesta, el ponente matiza, complementa, modifica sus ideas. Quien escucha mejora lo que dice.

Lejos de las tertulias que reiteran lo ya sabido o los congresos donde todos piensan lo mismo —la jungla de los loros o el inmodificable pregón de la secta—, Puerto de Ideas, que este año cumple diez años de vida,

celebra la diversidad de los oficios y las procedencias. Esta aventura es apoyada por una pedagogía del paisaje. Las conferencias ocurren entre la cordillera y el mar, demostración empírica de que hay asuntos más elevados y más amplios que los nuestros.

Ninguna obra surge como un clásico; son los lectores —el público— quienes le otorgan esa condición. En tiempos de la realidad virtual, los actos de presencia recuperan un propósito cardinal del teatro y aun del rito: congregan para transformar a los participantes. Lo que se dice importa, ante todo, por la manera en que será redefinido e interpretado por el auditorio, forma provisional de la tradición.

Programar conferencias no es muy distinto a acomodar libros con criterio. Toda biblioteca, por pequeña que sea, es un resumen del mundo. Ordenarla implica establecer simpatías y diferencias. La solución más fallida consiste en guiarse por el aspecto de los tomos: cuando se alinean por colores o estaturas sabemos que no han sido leídos. Al asociar el sentido del orden con la crítica, Borges alude a la lógica interna que debe articular los volúmenes. Se puede proceder por temas, corrientes, tendencias, caprichos o supersticiones, sin excluir la clasificación hermética, que solo descifra quien es digno de las claves.

Los libros son tan poderosos que algunas bibliotecas han preferido tenerlos presos. Las obras que merecieron las atenciones de la Inquisición fueron encerradas en celdas con nombres preventivos: “*Finis terrae*”,

“África”, “*Inferno*”. Como es de suponerse, adquirieron el prestigio de lo inaccesible. “Si hubiera sido posible construir la Torre de Babel sin ascenderla, su construcción hubiese sido permitida”, escribió Kafka. Prohibir estimula.

En tiempos de las redes sociales la censura opera menos por sustracción que por abundancia: son tantas las informaciones —falsas o verdaderas— que resulta difícil discernirlas. Este avasallante acopio de datos hace aún más imperiosa la tarea de establecer un orden.

¿Hay un modo sencillo y abierto de catalogar lo que no tiene fin? Si el conocimiento se entendiera como algo exclusivamente personal e intransferible, las secciones de una biblioteca podrían responder a obsesiones muy particulares: “Cohetes que nunca despegaron”, “Helados que no son de vainilla”, “Estrellas que se descubrirán mañana”. Para librarse de esa atractiva pero no muy útil ordenación, la cultura se ha apoyado en un principio rector que comparte con las farmacias, donde otra clase de remedios se alistan conforme al alfabeto.

Estamos tan acostumbrados a que los diccionarios, las guías telefónicas y las enciclopedias sigan el abecedario que cuesta trabajo volver al tiempo en que las letras existían sin ofrecer índices del mundo.

En el siglo X, Abdul Kassem Ismael, visir de Persia conocido como *Sahab* (“El Compañero”) creó una biblioteca portátil de 117 mil volúmenes que era trasladada por cuatrocientos camellos. Esa inmensa caravana

seguía una secuencia alfabética para localizar los títulos en cualquier momento.

El visir era insólito no sólo por el desmesurado uso de sus camellos, sino por apoyarse en el abecedario. En su estudio del “alfabeto como tecnología”, Ivan Illich recuerda que a mediados del siglo XII la gente memorizaba la estricta sucesión de las letras sin emplearla para clasificar: “Durante ochenta y cinco generaciones, a los usuarios del alfabeto no se les ocurrió la idea de ordenar cosas según el a-b-c”. Los escolásticos del siglo XII transformaron de manera definitiva el arte de leer al concebir la página y estructurar el libro a partir de un título, subtítulos, un índice, párrafos, puntos y aparte, letras capitulares y sumarios. Este “nuevo deseo de orden” fue posible gracias a un eficaz sistema clasificatorio: el abecedario. El instrumento que deletrea el universo ordenó las bibliotecas que le servían de compendio.

Borges afirmó que todo tipógrafo era un anarquista y no juzgó necesario dar mayores explicaciones al respecto. Con el mismo énfasis, Umberto Eco aseguró que no se puede practicar la tipografía sin estar comprometido con luchas sociales. Estas aseveraciones apelan con tal contundencia a la obviedad que vale la pena revisarlas.

¿Qué ocurre con las personas dedicadas a que las letras pasen por sus manos? Nuestro idioma dispone de 27 signos. Curiosamente, el inmodificable abecedario se puede combinar de insólitas maneras. Los tipógrafos experimentaron esa libertad de un modo tan práctico

que al despegar la vista de los textos optaron por cambiar el mundo.

Quien actúa en función del alfabeto sabe que el rigor existe para producir lo inesperado. A diferencia de otros aparatos, el lenguaje funciona mejor cuando se desarregla.

A

activismo

De activo: del latín *actīvus*.

1. Tendencia a comportarse de un modo extremadamente dinámico.
2. Ejercicio del proselitismo y acción social de carácter público.
3. En filosofía: doctrina según la cual todos los valores están subordinados a las exigencias de la acción y de su eficacia.

activismo

Raúl Zurita

*Las calles son nuestros pinceles
Las plazas son nuestras paletas
¡A la calle futuristas, tamborileros y poetas!*

Es el final de un poema de Maiakovski que se me vino a la memoria porque me pareció que en esas tres sencillas líneas está representada en todo su esplendor la democracia de las palabras; es una invitación a la acción, a tomarse las calles y, al mismo tiempo que las transcribo, me resulta imposible olvidar que su autor se mató a los 36 años dejando una carta que contiene una de las sentencias más tristes (y penosamente comunes) de la historia: “Como se dice, la comedia ha terminado. La barca del amor naufragó contra los escollos de la vida cotidiana”. Es precisamente esa vida cotidiana la que nos dice que una palabra aislada es todo y a la vez es nada. Así, por ejemplo, cuando mencionamos la palabra *activismo* y la aislamos, ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿Al *activismo* de Göebbels arengando a las tropas nazis? ¿O a la famosa frase de Auschwitz, “El trabajo os hará libres”? ¿O más bien es el significado de Stalin llamando a cada ciudadano de la ex Unión Soviética a defender, contra todo internacionalismo, a la madre patria y no a la ex URSS? ¿O es el *activismo* de Jesucristo en “El Sermón de la Montaña” o el de San Pablo diciendo que aunque hables todas las lenguas y

tengas la voz de los ángeles, si no tienes amor sonará como una campana hueca? ¿O yendo más lejos es el activismo infinito de la luz de las estrellas fecundando el Universo? ¿O de los mares y ríos fecundando la tierra?

La palabra “activismo”, como todas las otras, aún cuando a los poetas les subyugue la idea de “La Palabra” y no falten entre ellos esas intragables declaraciones, tan rimbombantes como vacías, donde se nos informa a los otros miembros del gremio que la poesía es la gran sostenedora de la “sacralidad de la palabra en la palabra”. Las razones que nos llevan a descreer de “La Palabra”, para creer en cambio en esa magnitud aleatoria e inabarcable que denominamos una lengua, son las mismas pero con signos opuestos: la palabra acción en sí no representa nada, es un hueco al que se le puede añadir lo que se quiera porque igual el resultado será cero, pero si la sacas del universo de las lenguas que hablamos el mundo entero se derrumba.

No es necesario entonces acudir al clásico desgano de un Borges para vislumbrar que carecemos de todo poder sobre las palabras porque estas, en su pluralidad, no solo no son un invento de lo humano, sino que lo humano es un invento de ellas.

Perdidos en los recovecos y fisuras de esa lengua en la que estamos contenidos y atraídos a la vez por la fatalidad de sus combinaciones en las cuales se encuentran representadas masacres, guerras interminables, emigraciones forzadas. No podemos contra la lengua y ella tiene todo el poder sobre nosotros, de allí posiblemente la

fascinación por las palabras únicas, seguramente como un resabio de la palabra Dios, el activista por definición, pero que deja de ser inofensiva si se la acompaña de la palabra “verdad” de la cual sí sabemos algo: que es la más peligrosa de las mentiras: se mata y se muere en nombre de ella.

Arrasados en un mundo que quiere permanentemente imponernos significados únicos, donde ciertas palabras momentáneamente elevadas a los altares, como lo son ahora las palabras democracia, orden, estado, y la palabra activismo (con toda su carga esperanzadora para muchos y aterradorante para otros), se van tomando sucesivamente los escenarios, ellas nos traen el recuerdo de un significado transversal que cruzando todas las lenguas, vocablos e idiomas, nos muestra que si la palabra activismo tiene un sentido es solo por la mayor o menor cercanía que pueda tener con otra palabra que es tal vez la única que no requiere de las demás para significarse: la palabra amor. Maiakovski vio la barca del amor estrellarse contra lo que llamó “los escollos de la vida cotidiana”, y luego se mató. Todas las palabras pueden matar, incluso esa, pero también la palabra suicidio tiene distintos significados: morir de amor o morir por amor. Es el único activismo que para mí cuenta.

B

belleza

Cualidad de bello.

Bello

Del latín *bellus* 'bonito'.

1. Que, por la perfección de sus formas, complace a la vista o al oído y, por extensión, al espíritu.
2. Bueno, excelente.

belleza

Rafael Gumucio

La belleza a la que le atribuimos las gracias y las desgracias de la cultura es lo menos cultural que tenemos. Todos los experimentos en la materia indican que Marilyn Monroe es bella en Laponia y en Mongolia, tal como lo fue en Estados Unidos. Su belleza era una forma de poder que ella nunca poseyó del todo y terminó por matarla.

Gracias a Marilyn sabemos, para empezar, dos cosas: que la belleza mata y que por ella daríamos la vida. El arte, el pensamiento, la ética, la religión tienen como fin cercar ese objeto, disminuir ese poder para usarlo con el mismo cuidado y diligencia con que los primitivos aprendieron a usar el fuego sin quemar todas las praderas cada vez que encendían una fogata. No en vano, a la hora de definirla o explicarla, filósofos tan hábiles como Platón, Kant o Spinoza naufragan en la imprecisión, la vaguedad o la simple impotencia. La belleza es algo que no pueden negar, pero desbarata todos sus planes de paz universal y razón razonable. La belleza tuvo la culpa de la guerra de Troya, pero también es culpable de la *Ilíada* y la *Odisea*. La belleza separa a los hombres, pero sin ella ¿para qué, para quién hablar?

¿Es la belleza la guerra que emprendemos por ella y la paz con que convertimos la guerra en poema? En esa

pregunta se han perdido la mayor parte de las doctrinas que quieren mejorar a los hombres de la enfermedad de ser demasiado humanos. Por eso el judaísmo primitivo, el cristianismo, el islam, el socialismo, y muchas ramas del feminismo han preferido pasar por alto el problema y decretar que la belleza es simplemente un prejuicio cultural. Un atavismo de ayer que, en el mundo justo de mañana, ya no seguirá subyugándonos. Libres de las formas de las cosas, dicen, podremos dedicarnos al fondo de las cosas. Pero lo que amamos en la belleza es que, justamente, no se pueden separar forma y fondo. Que en ella se reconcilian de una manera embriagadora las dos cosas.

La belleza, como la muerte o el deseo, es algo que no podemos definir. Porque sabemos demasiado bien qué es. El papel del arte no es producir belleza sino, al revés, domesticarla para que podamos experimentar sus efectos secundarios. Aprendemos, gracias a siglos de arte y literatura, a llamar belleza a la simple paz del agua en el fondo de una jarra de arcilla y a las olas encontrándose con el acantilado que convertirán, después de siglos, en arena, y a regresar al anochecer a la ciudad y verla perder los últimos rayos de sol en el asiento trasero del auto. Esa belleza es la que hemos aprendido a defender de la otra, de la de las Misses. Una belleza que no sea un privilegio, que no sea una excepción, que sea la regla.

Conseguir una belleza justa, una belleza que no solo lleven sobre sus hombros pocos individuos, es la gran lucha de la cultura occidental. Confieso que he tratado muchas veces de reconciliar belleza y justicia. Confieso

que he tratado de amar la sencillez de las cosas tal y como son. Amar el pan, los días martes, la luz de las once y media de la mañana. Pero, lo quiera o no, la belleza sigue siendo para mí esa palpitación que hace que todo parezca provisorio, que la vida parezca un cuento y la realidad una mera carcasa de la que mi cuerpo, libre por un segundo, escapa, sabiendo que tendrá que pagar tarde o temprano por su imprudencia. Pero feliz, sin embargo. Inconfesablemente feliz. Dispuesto a pagar igual.

C

creatividad

De creativo e *-idad*.

Facultad de crear.

Crear

Del latín *creāre*.

1. Producir algo de la nada.
2. Establecer, fundar, introducir por vez primera algo; hacerlo nacer o darle vida, en sentido figurado. Crear una industria, un género literario, un sistema filosófico, un orden político, necesidades, derechos, abusos.

creatividad

Pablo Simonetti

La creación de una obra literaria se asemeja al crecimiento de un árbol. Crear y crecer, verbos consecutivos en el diccionario. Antes del primer despunte de una obra de arte, debe existir un ser humano habitado por un espíritu creativo, alguien que mediante su manera de vivir, pensar, leer, escuchar, ver y sentir sea capaz de recolectar materiales ricos y diversos, que sea dueño de una mente dispuesta a acumular y concentrar estímulos y señales en el cuenco de su imaginación. Un suelo nutritivo, una biblioteca irrepetible que podríamos llamar su lugar vital. Solo ahí podrá anidar la semilla de la obra, ya sea una experiencia de vida cargada de emoción y de preguntas, el retumbar de una frase ajena en nuestro interior, o tan solo una luz que pasa por nuestra mente y que deja en la memoria un campo revelado.

Luego viene el impulso de la germinación, el surgimiento del primer brote y el hundimiento de la radícula. Es un proceso a la vez aéreo y subterráneo. Ascende siguiendo su anhelo de luz al tiempo que se ancla en el sustrato provisto por el creador.

La descarga de sentido inicial va tomando cuerpo, en el caso de un narrador casi siempre adquiere la silueta de una voz, de algunos personajes. Podríamos asimilarlo a la creación de un tallo central que luego se convertirá en el tronco. Es una forma simple todavía,

pero que posee una gran fuerza de arrastre, pues lleva hacia las yemas apicales la sabia necesaria para dar vida a esa estructura que se va volviendo más compleja y a la vez más clara para el escritor. A estas alturas, ya tenemos personajes secundarios, el barrunto de una trama, motivos matrices. Ya brotaron hojas que aportan energía a través de la fotosíntesis para que el crecimiento siga adelante, se trata de esas primeras notas o páginas que nos alientan a seguir. El tiempo y el espacio toman relevancia. Vamos camino a la definición de una estructura. Árboles de la misma especie pueden adquirir hábitos por completo diferentes, dadas las condiciones del suelo, el clima, la luz y el viento. El acto creativo es la convergencia del íntimo contacto de las raíces con el sustrato del artista y de la influencia de la intemperie, de la luz de los días, del viento de la época.

A estas alturas, el proceso creativo adquiere un matiz diferente. Nos esforzamos por hallar la expresión más bella y lograda de lo que ya hemos vislumbrado. Esta etapa del crecimiento de las ramas y las hojas tiene su origen en la inteligencia que reside en las puntas blancas de las raíces. Es allí donde captan la abundancia y la escasez de los elementos que necesitan para alimentar al árbol, donde recurren a la ayuda de microorganismos para absorberlos, donde perciben las advertencias y los estímulos de otros árboles cercanos, como si de una conversación se tratara al interior del bosque literario que cobija a cada escritor. Las palabras se conciben en el microscópico y boyante intercambio que se da en el extremo de los sutiles exploradores con que la histo-

ria se ha aferrado al mundo creativo que le dio origen. Aquí nacen las metáforas, las comparaciones, el detalle vivificante, las revelaciones que esa estructura y esa voz traían contenidas en sí mismas sin que el artista tuviera consciencia de ellas. Las palabras, como las hojas, se acompañan, se protegen y se alimentan entre sí.

Tal como debemos esperar a que los árboles alcancen su expresión más bella y entreguen su sombra más reconfortante, también debemos enfrentar el proceso de la creación con disciplina, determinación y coraje. Pasaremos muchos inviernos, o años sin verano, periodos de oscuridad, incertidumbre, incluso miedo. Tal vez enfrentemos una sequía durante la cual la desazón y la indiferencia lastren nuestro empeño. Pero de pronto saldrá el sol, la tibieza cundirá en la tierra húmeda, y sentiremos que surgimos hacia lo alto con la fuerza de una primavera irresistible. Quizá sea el momento de mayor plenitud. Trepamos árbol arriba con una sensación de liviandad propia de los héroes. Hemos encontrado un final y corremos hacia él.

Después vendrán otros inviernos, cuando durante la corrección nos enfrentemos con nuestras limitaciones, con cientos de incongruencias, con párrafos que no alcanzan a dar vida a lo que nuestra imaginación nos había prometido en el primer destello. Nos lanzaremos a un proceso de depuración, al robustecimiento de la corteza, al deshecho de las ramas débiles o secas. Un árbol se muestra leve cuando se mece al viento e inmovible cuando intentamos desenraizarlo. Así debería representarse una novela en la conciencia del lector. Es

a lo largo de los ciclos de corrección, de los sucesivos procesos de pérdidas y nuevos crecimientos cuando alcanza su hechura definitiva, cuando aquella historia, que en un principio intuíamos grandiosa y después creímos mediocre, quizá llegue a convertirse en una obra de arte. En su plena madurez, un árbol es una forma de compasión. Una novela, también debería serlo.

Ch

Chile

Extenso y angosto país ubicado en el extremo sudoeste de América del Sur.

Chile

Agustín Squella

Cuando pienso en Chile, ¿en qué pienso? Casi nunca pienso en Chile, y algo parecido debe ocurrirles a los habitantes de otros países, salvo a aquellos que tienen una conciencia demasiado impetuosa del país en el que nacieron por casualidad. A mí los nacionalismos exacerbados me producen vergüenza ajena.

De manera que no pienso en Chile, o no mucho. Simplemente vivo en Chile. Con agrado, por cierto. En la zona central, a pocos kilómetros del océano que veo todos los días al desplazarme entre Viña del Mar y Valparaíso. Veo los colores del agua y de las embarcaciones, la coloratura de la bahía, a veces cálida, a veces herrumbrosa. Incluso un container puede lucir hermoso si el sol le da de determinada manera. Este lugar del país ha hecho de mí un sedentario. ¿Para qué moverse de un sitio así? Cada vez que voy al norte quedo hipnotizado por la luz y me siento gratificado por ese calor que se pega a la piel y hace que sienta que nunca voy a enfriarme. Y el sur está bien, es bello, tiene parajes impresionantes. Pero a mí me gusta acá.

Se dice: Chile es un país de contrastes, Chile es sobre todo un paisaje. Es cierto, pero se ha vuelto un lugar común, un cliché. Los clichés nos permiten decir rápidamente algo que no necesitamos pensar demasiado. Nos sacan de apuros, aunque también nos dejan

cautivos de una idea que impide el hallazgo de otras. También decimos que en Chile —país de contrastes— tenemos clase media alta, media-media y media-baja. Es una manera de acariciar la idea de que en nuestro territorio ya no hay pobres. ¿Cómo los va a haber si la obesidad hace estragos, sobre todo en los sectores humildes?

Hoy, en Chile, predomina cierto grado de desmesura. Al hablar, al celebrar, al reír, al llorar, al comer, al ingerir bebidas espirituosas; al sepultar a los amigos en medio de cánticos, chistes, aplausos y globos lanzados al aire; al juzgar al prójimo; al respaldar tribunales populares o mediáticos para condenar sumariamente a cualquiera; al aplaudir dictaduras; al animarnos y al desanimarnos; al declararnos felices y al desconocer que otros también lo son; al regatear los salarios de los trabajadores y al abultar el de los ejecutivos y, sobre todo, al avivar a nuestro equipo de fútbol, la única afiliación incondicional que nos va quedando a todos.

Pienso en los recados de Gabriela Mistral, en los recados a Chile que ella hacía cada tanto: “Nadie desea con más fuerza que yo un Chile sólido y cuerdo, un Chile de política inteligente y, sobre todo, coherente, que amar y que obedecer”. Apuntó ella también que la historia patria se parece más a un cóndor carroñero que a un sensible huemul, y pidió entonces, para Chile, “menos cóndor y más huemul”.

Y en la hora presente eso es lo que nos falta: menos cóndor y más huemul.

D

diálogo

Del latín *dialōgus*, y este del griego *διάλογος* diálogos.

1. Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos.
2. Obra literaria, en prosa o en verso, en que se finge una plática o controversia entre dos o más personajes.
3. Discusión o trato en busca de avenencia.

diálogo

Lina Meruane

Esta “no es la forma”, es lo que el poder le reclama a la ciudadanía cuando esta desafía la forma impuesta —sea “la forma” consensuada y aplicada por la ley o bien por fuerzas represivas—. Se considera “salirse de forma” si la ciudadanía se alza, aquí, allá, con rabia. Si esa no es “la forma”, ¿cuál sería? La respuesta ha sido asombrosamente simple: en una sociedad democrática la manera de resolver las disputas es a través del intercambio de ideas, de la negociación entre dos o tres o cinco posiciones conscientes de que algo se ganará y algo se perderá para llegar a un acuerdo justo para todos. Y si ese principio es deseable e incuestionable, ¿por qué cunde hoy el escepticismo sobre el diálogo como forma? Porque la estructurada “forma” del diálogo sólo se sustenta sobre el “fondo” de la confianza entre las partes: la confianza es condición necesaria del diálogo. No solo la confianza: la voluntad de escucha, la atención a las necesidades expresadas por todos, la certeza de que todas las voces serán atendidas como si fueran iguales. Si la forma del diálogo se ha puesto en cuestión es porque en nuestras democracias hace ya mucho que el poder y sus privilegiados políticos se hacen los sordos. No les conviene considerar las necesidades de una mayoría desmejorada, necesidades y deseos que no por ser despreciados van a desaparecer. Se está viendo que la empoderada clase política ya no representa a la

desempoderada ciudadanía; que, en vez de comprometerse a escucharla y a empatizar con sus demandas, le pide moderación. Le exige que entienda que las condiciones no están dadas para satisfacer sus deseos. La obliga a cambiar “la forma” de hacer las cosas como condición para escuchar sus quejas. Nuestras ciudadanas ya no son iletradas, nunca fueron idiotas. A fuerza de educarse y de hablar entre sí de la triste democracia, la ciudadanía calcula que para hacer del diálogo un ejercicio legítimo, incluso posible, este debe realizarse entre gentes a quienes se les reconozca el mismo derecho, la misma capacidad, la misma posibilidad negociadora. Para que exista ese diálogo no puede haber una voz más poderosa o más decidora o más aventajada, no puede existir una voz autoritaria (de antemano autorizada) que dicte las reglas del diálogo o los términos a discutir, que anticipe el resultado de dicho debate. En el contexto político contemporáneo, es esto lo que ha estado ausente en cada intento de diálogo. La tan prestigiada premisa democrática del diálogo ha perdido su esplendor: se revela como táctica apaciguadora y estrategia de (eterna) postergación, subterfugio para exigir a unos que se callen mientras los otros se quedan con la última palabra. La única “forma” de resolver las cosas es sentarse a dialogar, pero dialogar con quién y para qué. Cómo se podría conversar con quienes señalan y condenan una violencia (la ciudadana) mientras niegan la propia, la larga y lenta violencia económica con su desigualdad y su precarización laboral, su pauperización educativa, su negligencia sanitaria, sus recortes de las funciones solidarias del Estado neoliberal.

Con quienes aplican una ensañada violencia policial. Con quienes intentan ilegalizar el legítimo derecho a la protesta aplicando sus feroces leyes de seguridad e intentando convertir a los manifestantes en enemigos del Estado (que son ellos mismos). En estos tiempos, la clase política invoca la necesidad de un diálogo ciudadano a la vez que le niega a la ciudadanía su facultad discursiva; o le usurpa y se adjudica su voz y habla “por ellos”, sin invitar, sin consultar, a puerta cerrada. En estos tiempos, entonces, la falsa invocación al diálogo queda bajo sospecha mientras el verdadero diálogo entre iguales empieza a darse, tal vez como nunca antes, en las casas y en los barrios y en los espacios públicos, en las redes sociales y en los muros de la ciudad: ese intenso diálogo ciudadano, transversal y transformador, es, contrario al turbio diálogo institucional, la única “forma”, la más deseada, la más confiable, la más intensa y conmovedora, así como la más desperdiciada por un poder sordo que acusa siempre a los otros de utilizar las “formas” erróneas.

E

encuentros

De encontrar del latín vulgar *in contra* 'en contra'.

1. Acto de coincidir en un punto dos o más cosas, a veces chocando una contra otra.
2. Acto de encontrarse, dar con alguien o algo.
3. Oposición, contradicción.
4. Discusión, pelea o riña.
5. Entrevista entre dos o más personas, con el fin de resolver o preparar algún asunto.

encuentros

Sonia Montecino

La confluencia, el cruce, la reunión de los diferentes como iguales hace de la palabra encuentro una voz que nos abraza en la humanidad de su raíz latina *in contra*, en contra, para referirse a “salir al encuentro”. Ese gesto de ir, desplazarse hacia al otro, toparse con lo distinto, reverbera no solo en el imaginario de la cultura cristiana a través del encuentro con lo divino, sino que también está presente en los viejos gestos mapuches del “encontrarse con” (*trawn*) los espíritus buenos y malos. Pero *trawn* también es la reunión donde se confabulan los semejantes, la junta que reúne a la gente, y *trawnrepü* es la encrucijada. Ese modo de entender el encuentro es una vertiente de la que los(as) mestizos(as) chilenos(as) podemos beber y en un ademán mimético producir la cercanía necesaria para el goce de un espacio comunitario como posibilidad de vida y afecto.

El encuentro siempre señala un vínculo, ya sea de solidaridad o de conflicto y choque.

Los encuentros son encrucijadas (*trawnrepü*), tramas abiertas que invitan a conformar un colectivo que se moviliza en torno a un tejido, no en vano se llama encuentros a los artefactos de madera que sirven para asegurar algunos telares. En ese sentido los encuentros —leídos desde la contingencia e incerteza que hoy nos agobia, y que no podemos elidir— producen y actuali-

zan lo social, el imperativo de la unión y la confluencia para re-tejer, zurcir o definitivamente iniciar una nueva urdimbre. El cabildo, en su acepción de comunidad, es un acto que hoy se ha tornado imprescindible para mitigar nuestro déficit histórico de asociatividad, convirtiéndose en un cuerpo que permite los encuentros y, en una lectura etnográfica de su presencia actual, podemos decir que los estimula como posibilidad concreta de “salir al encuentro” de una conversación y un acuerdo de los diferentes como iguales.

Los encuentros, devenidos cabildos, en plazas y jardines públicos, en aulas y recintos, son los hilvanes que permiten que los sujetos, sus subjetividades y su posición dentro de las estructuras, puedan experimentarse como conciencia de ser, precisamente, el entrecruce entre lo individual y lo colectivo, entre la inmanencia y la trascendencia, entre el yo y el otro (no como alteridad devaluada sino como semejante). Las tramas abiertas de los cabildos son la conjunción de la diversidad necesaria para trenzar el nosotros perdido en los callejones de la precariedad y de los derechos convertidos en privilegios. De los encuentros “cabilderos” veo asomarse la ternura y la esperanza cuando los diferentes toman la palabra y sus ecos son respetados y escuchados en igualdad de condiciones y desde el deseo de construir, ya no solo en la realidad performática de la palabra, un mundo mejor.

Los desencuentros, “encuentros fallidos o decepcionantes” (RAE) son los efectos no deseados de esa aura positiva y luminosa de las confluencias, no obstante, en

la cultura mestiza también uno(a) “se encuentra” con las fuerzas o espíritus contrarios en distintas situaciones (apariciones, ciudades encantadas, entierros, entre otras experiencias numinosas) y supera su agencia a través de conjuros y magias. Desencontrarse es como “no hallarse”, no encontrarse a gusto con algo o alguien o simplemente entrar en disputa y confrontación. Si los encuentros pueden arrojarnos al abrazo humano en su eficacia simbólica de participación, los desencontros nos van empujando al sacrificio (la búsqueda de chivos expiatorios) y a la agresión como lenguaje del poder, sobre todo masculino, que opera implacable cuando se amenazan sus privilegios. Esa es la cara más perniciosa de los encuentros como contradicción y pugna.

Celebramos por ello que los encuentros, no en su faz de contraposición, se multipliquen y tejan la convergencia y la congregación en torno a la profundidad de un *trawn* que se despliega en el tiempo y que nos verifica en una historia común, hecha de reunión y de separación, y que nos hila a pesar nuestro.

F

futuro

Del latín *futūrus*.

1. Que está por venir y ha de suceder con el tiempo.
2. Que todavía no es pero va a ser.
3. Tiempo que vendrá.
4. En economía: valor o mercancía cuya entrega se pacta para después de un cierto plazo, pero cuyo precio queda fijado al concertar la operación.
5. En gramática: tiempo que sitúa la acción, el proceso o el estado expresados por el verbo en un punto posterior al momento del habla.

futuro

María Teresa Ruiz

Me río, con ternura y nostalgia, al recordar las ideas de futuro con las que crecí: revistas y animaciones repletas de autos voladores que, estaba convencida, cambiarían el mundo en que vivimos. En cambio, apareció Internet —una invención que nadie había imaginado— y todo cambió: la forma en que nos divertimos, trabajamos, nos enamoramos, nos maltratamos.

Soy astrónoma. Una de las cosas que rápidamente se aprende en este oficio es que todo es pasado. El presente no existe. El futuro tampoco.

Una noche muy oscura del mes de julio, sin luz de la Luna, fuimos en familia a la playa a ver las estrellas. El cielo estaba maravilloso, la Vía Láctea espléndida. Sugerí que cada uno eligiera una estrella, le pusiera un nombre y se asegurara de poder encontrarla cuando quisiera: esa estrella sería su amiga. Todos lo hicieron, pero una sobrina me preguntó cómo era posible saber si la estrella que eligiera aún existía ya que, de hecho, podía haber explotado millones de años atrás y, debido a que la información viaja a la velocidad de la luz, demorarse millones de años en llegar a nosotros. Claro que también podía llegar a nosotros esa misma noche con olor a mar, con una hermosa explosión de supernova, la magnífica despedida de muchas estrellas.

Mi sobrina estaba en lo cierto. El presente no existe. Cuanto más lejos se encuentran las cosas, más en el pasado está la imagen que de ellas vemos. ¡Maldito espacio-tiempo! Es tremenda incomodidad.

Pero lo bueno de ver el pasado es poder reconstruir la historia del Universo, que es nuestra historia. Gracias a los grandes telescopios y antenas que permiten explorar el Universo podemos ver su evolución en grados crecientes de complejidad, partiendo hace 13.700 millones de años con partículas fundamentales, hasta llegar a hoy, a la vida consciente: a nosotros, todos hijos de las mismas estrellas, de una misma estirpe estelar.

Porque, por lo que hoy sabemos, toda la humanidad tiene un mismo origen. Y es muy probable que tengamos que enfrentar un destino común. Es decir, problemas mayúsculos: aprender a evitar impactos de meteoritos o cometas capaces de acabar con la especie, eyecciones de plasma solar que pueden perturbar el campo magnético de la Tierra, epidemias, cambio en los equilibrios climáticos. Todas esas cosas ya han ocurrido en la historia de la Tierra, y han tenido como resultado diversas extinciones. Podría pensarse, entonces, que no hay futuro posible más que la extinción masiva. Pero la humanidad puede emprender epopeyas impensadas. Y para eso es necesario pensar en aquello que no existe: el futuro. Ocuparnos no solo de nuestro clan sino de la especie. Aún de aquellos que todavía no caminan sobre la Tierra, de los que caminarán por ella en mil o en cien mil años. De lo que hagamos hoy depende que la humanidad pueda seguir hilvanando sueños de futuro.

G

goce

Acción y efecto de gozar.

Gozar

De gozo: del latín *gaudium*.

1. Sentir placer o alegría a causa de algo.
2. Tener o poseer algo bueno, útil o agradable.
3. Dicho de una persona: Tener relaciones sexuales con otra.
4. Sentir placer o alegría por algo o por alguien.

goce

Adriana Valdés

El goce es necesariamente momentáneo. A lo mejor la felicidad también, pero ese es otro tema.

El goce no es placer. El placer es previsto y buscado; la voluntad participa junto a la costumbre. El goce es imprevisto, sorpresivo.

El goce tiene que ver con el asombro. Con descubrir, de pronto, una belleza excesiva donde no se la espera.

El goce podría hacer exclamar frases como: “Basta. Ya viví”. Es un momento de plenitud que compensa todos los momentos intrascendentes.

El goce excede los límites, y los deja en evidencia. Se goza con algo recién descubierto, que parece propio y a la vez totalmente ajeno. (Esta frase recuerda a Octavio Paz en *El arco y la lira*, y en ese libro se refiere al amor).

Hablar del goce —me voy dando cuenta— es hablar de paradojas. De momentos que no son nada y son todo.

El placer soporta la narración. El goce deja sin palabras.

El goce tiene relación con el pecado. En el Medioevo alguien dijo “se puede pecar con el oído”. Hay música que seduce en exceso, quería decir ese alguien, que

produce escándalo. Y esa música no era funcional al servicio religioso, solo estaba al servicio del goce.

El goce debe (“debe”, qué risa) ser un poco indecente. Para gozar del encuentro místico con Dios, la Santa Teresa de Bernini recurría al erotismo humano. Santa Teresa, que lo describe en palabras, también.

“Un no sé qué que quedan balbuciendo”. Un verso tartamudo, dijo alguien. Una definición del goce, digo yo.

¿Quién más sabrá del goce? Sin abaratarlo, digo. La nuestra es una época tan barata.

El placer: sentir que se cumplen las expectativas. El goce: descubrir expectativas que se tenían sin saberlo.

(A estas alturas, repetir el goce probablemente sería demasiado para mí. Hay edades buenas para recoger cañuela.)

H

habitar

Del latín *habitāre*.

Vivir, morar.

habitar

Patricio Fernández

En el caso del hombre, humanizar un territorio; y en el de los otros animales, animalizarlo a su manera. Significar una fracción del universo. Hogarizar. Colmar de afectos un trozo de geografía y extraerle la condición indómita de “tierra de nadie”. Para los humanistas: civilizar. Para los Individualistas Tendiendo a lo Salvaje: explotar. Para los amantes: imantar. Se ha consensuado que las plantas no habitan, porque para habitar hay que asumirse de ahí, y la vegetación es de ahí. Habita quien planta un árbol, pero no el árbol. Las piedras tampoco habitan. Un gato habita de manera infiel. El nido de un pájaro es una cuna, pero no un hogar, porque el pájaro aprende a volar y lo olvida. Los pájaros habitan el aire. La comunidad intelectual posterga el debate respecto de los insectos.

I

imaginación

Del latín *imaginatio*, -ōnis.

1. Facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales o ideales.
2. Aprensión falsa o juicio de algo que no hay en realidad o no tiene fundamento.
3. Imagen formada por la fantasía.
4. Facilidad para formar nuevas ideas, nuevos proyectos, etc.

imaginación

Nona Fernández

Leer bajo el agua

Hace poco acompañé a mi madre a un examen neuronal. Acostada en una camilla y con la cabeza tapizada de electrodos fue siguiendo las instrucciones que el médico le daba. Cierre los ojos, respire profundo, aguante el aire. Con cada acción, algún enjambre de neuronas se activaba. Pude verlo en la pantalla de un computador. Al pedirle que pensara en un animal (ella decidió que sería un gato), otra cadena se encendió en su cabeza. “¿Ve eso?”, me dijo el médico apuntando una serie de líneas en la pantalla. “Eso es un gato”.

¿Cuántas neuronas se encienden cuando imaginamos? ¿Cuántas dendritas y axones se movilizan para convocar, por ejemplo, la imagen de un gato? ¿Cuántos siglos de evolución hemos necesitado para que al ver un grupo de líneas en la pantalla de un computador nuestra mente logre traducirlo?

Mi madre, me dijo después, pensó en Vladimir Ilich, mi gato colorín. Lo que convocó en su mente no fue una idea abstracta, sino un gato con nombre y apellido. Escribo y hago el mismo ejercicio. Traigo la imagen de Vladimir, lo recuerdo la semana pasada jugando con la bolsa del pan. ¿O era la de la compra de la feria? Me pregunto cuánto hay de imaginación en nuestros

recuerdos. Cuánto de lo que hemos vivido es auténtico. Cuánto de ese archivo que guardamos en la memoria, a modo de biografía, no es un invento.

La imaginación ha sido una de las herramientas más importantes en el desarrollo de la humanidad. Con ella inventamos el fuego y la rueda, las armas de caza, los instrumentos para guardar el agua y las semillas. Un día levantamos la vista, miramos las estrellas e imaginamos héroes y animales. Después, conectamos esas luces lejanas dibujando con ellas diversas formas e imaginamos historias que han atravesado los siglos a través del lenguaje, que también inventamos, y que, usando la imaginación, logramos tatuar en hojas de bambú, en papiros, en papel.

En 1974, un año antes de ser asesinado, Pier Paolo Pasolini, cineasta italiano, poeta comprometido, novelista certero, ensayista pavorosamente lúcido de la realidad de su época, comunista incómodo, marxista y homosexual, publicó en el *Corriere della Sera* un escrito titulado *¿Qué es este golpe? Yo lo sé*. Allí repasa la historia italiana de esa última década, años de atentados envueltos en un siniestro sistema de protección del poder. Confrontando a la ignorancia y la confusión de la época, Pasolini señala la importancia de la imaginación como herramienta para completar la verdad que es manipulada sistemáticamente por los medios y las versiones oficiales. “Sé lo que está ocurriendo porque soy un intelectual, un escritor que intenta seguir todo lo que está pasando, conocer todo lo que se escribe al

respecto, y con ello imaginar todo lo que no se sabe o se calla.”

Hurgar en el día a día, auscultar los materiales del entorno, atar cabos sueltos a lo Pasolini, asociar ideas desordenadas y leer bajo el agua. Este uso estratégico de la imaginación es hoy el más urgente. Sospechar, establecer nuevas versiones, contraponerse al relato oficial. Con la imaginación puedo dudar, por ejemplo, de esa muerte en la playa de Ostia en 1975. Desconfiar de la versión que habla de un asesinato casual en manos de un joven del lumpen italiano que golpeó y atropelló una y otra vez a Pasolini. Imagino un crimen político, un asesinato planeado para apagar esa brillante y peligrosa imaginación que estaba poniendo en jaque a la derecha italiana.

¿Cuántas neuronas se encienden cuando imagino esto? ¿Cuántas dendritas y axones se movilizan para ver bajo el agua: para interpretar lo no dicho?

J

juego

Del latín *iocus*.

1. Acción y efecto de jugar por entretenimiento.
2. Ejercicio recreativo o de competición sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde.
3. Práctica del juego de azar.
4. Actividad intrascendente o que no ofrece ninguna dificultad.
5. Cada una de las divisiones de la partida de ciertos juegos.

juego

María José Ferrada

Una niña crece. Su abuela le canta una canción que nombra al sol, a los pájaros. La niña escucha, emite un sonido. La abuela lo imita. Siguen, el resto de la mañana, concentradas en la invención de ese idioma. Sonidos que duran segundos y que algún día sostendrán los días tristes, los días felices de la niña. La niña y la abuela juegan.

Un niño esconde su cara tras la sábana cada vez que su hermano mayor dice: “No está” y se destapa cuando, segundos después, dice: “Ahí está”. Han repetido la rutina los últimos tres o cuatro días. El mayor, que debe tener unos seis o siete años, ha encontrado la forma de enseñarle al pequeño que es un ser con un cuerpo que ocupa un espacio (“ahí está”). El hermano mayor y el hermano menor juegan.

La niña toma la cuchara y, en lugar de llevársela a la boca, la pasea por encima de la sopa. La cuchara es ahora un avión que atraviesa un cielo que solo la niña ve, a la hora del almuerzo, ahí sobre la mesa. La niña aprende a dar al mundo un significado que le pertenece. La niña aprende la libertad de pensamiento. La niña juega.

El niño pone un cubo de madera sobre otro. Sumando un cuadrado a un triángulo descubre que es posible

construir una casa (y juntando dos rectángulos, un edificio) Tarda tres horas —que no sabe bien si fueron minutos o años— en levantar una ciudad sobre la alfombra. Pero un mal movimiento hace que un cubo se mueva, golpee a otro, y que la ciudad se desmorone. Una lágrima se asoma a los ojos del niño. La seca con la manga y comienza otra vez: sumando un cuadrado a un triángulo se construye una casa, y juntando dos rectángulos, un edificio. El niño construye. El niño desarma. El niño se frustra y comienza otra vez. El niño juega.

La niña sale de su casa y se encuentra con otros niños. “¿A qué jugamos?”, pregunta uno. “A la escondida”, responde otro. “Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...”. Alguien cuenta con los ojos cerrados y los demás se esconden. La niña se sube a un árbol y se queda quieta entre las ramas. Ha visto que así lo hacen los pájaros y, si les sirve a ellos, podría servirle a ella también. La niña observa. La niña concluye. La niña juega.

El niño va a la escuela y se encuentra con otros niños. “¿A qué jugamos?”, pregunta uno. “A la ronda”, responde otro. Se toman de la mano y comienzan a cantar una canción. Se mueven en círculo, tan rápido y tan coordinados que ahora parecen un solo niño. En ese círculo todos son iguales. En ese círculo hay reglas que ellos mismos han acordado. El niño aprende que existe algo llamado comunidad. El niño ya no está solo. El niño juega.

Y entonces La Voz Ronca, la voz segura, dice: “Basta de juegos”. El niño y la niña preguntan: “¿Por qué?” Y

la voz contesta: “Porque es momento de aprender Cosas Importantes”. El niño y la niña vuelven a preguntar: “¿Por qué?” Y la voz impaciente, que parece no tener tiempo para seguir hablando con ellos, dice: “Porque Yo lo digo”.

El niño y la niña se miran. Y desobedecen. Se reunirán mañana en la plaza, a las doce.

Porque han jugado y han aprendido las cosas que necesitaban saber.

(Y La Voz Ronca, la voz segura, se asusta. Se vuelve pequeña. Desaparece).

K

kino

Palabra utilizada por diferentes idiomas para referirse a 'Cine'.

Cine

Acortamiento de cinematógrafo.

1. Local o sala donde como espectáculo se exhiben las películas cinematográficas.
2. Técnica, arte e industria de la cinematografía.

kino

Valeria Sarmiento

Kino es una palabra alemana utilizada antiguamente como sinónimo del término *cinema*, hoy de uso corriente en varias lenguas y países. Conlleva cierto sentido extraordinario, puesto que el hecho cinematográfico suscita una impresión de cosa sobrenatural, como sucedía en nuestros años de infancia cuando no existían aún la televisión ni los computadores y el acto simple de ver una película en la pantalla nos parecía una visión mágica.

Esa fue mi primera experiencia cuando mi madre me llevó a ver *Las zapatillas rojas*, de Powell y Pressburger, al Cine Colón de Valparaíso, pensando ella que un film basado en un cuento de Andersen sería bueno para mí. El bus en el que viajábamos iba muy lento, tardaba en llegar, y yo sufría previendo que a cada minuto perdía algo que no podía sino ser nuevo y fantástico. Presa de esa excitación, entré a la sala cuando la función ya había comenzado y se proyectaba un noticiario surcado de rayas. Con la candidez propia de una niña pequeña le dije a mi mamá: “¡Mira, está lloviendo!”, porque creí que llovía en la pantalla. Mi madre me respondió: “Tienes que mirar detrás de la lluvia”. Y detrás de la lluvia yo veía a Franco que inauguraba un puente, o algo así.

Mi segunda experiencia con la lluvia en la pantalla tuvo lugar en la Escuela de Cine, donde vi una película muda de Joris Ivens, de 1929, que se llama *Lluvia*, filmada en Ámsterdam. Es un film-poema, hecho sólo de imagen y montaje. Años más tarde, en 1941, Hanns Eisler le agregó música. Comienza con el viento que trae la lluvia y termina cuando se ven caer las últimas gotas, un rayo de sol y la ciudad de Ámsterdam después del aguacero. Distinta a todas las que veíamos en los programas dobles de los cines del puerto, la película me provocó un impacto fuerte.

Cuando debí salir de Chile en el año 1973, y llegué a Berlín Occidental, un día lluvioso decidí ir a un cine llamado KINO-Arsenal. Anunciaban *Imitación a la vida*, de Douglas Sirk. Yo la había visto en Chile, en mi adolescencia, me había hecho llorar a raudales y me dije que esta vez me permitiría llorar casi en privado en ese lugar a oscuras. Pero habían transcurrido unos quince minutos de proyección y la sala entera era un solo reír ante ese melodrama que seguramente todos consideraban absurdo. Yo no paraba de llorar. Cuando salí oculté mis lágrimas bajo la lluvia y me preservé así de la vergüenza.

Muchos cineastas han dramatizado la lluvia. Louis Malle en *Ascensor para el Cadalso*, donde Jeanne Moreau camina bajo la lluvia con el rostro bañado en lágrimas; el cine negro y las comedias musicales como *Cantando bajo la lluvia*. La lluvia en el cine es casi siempre falsa, y se logra a través de uso de unas mangueras

y de un efecto lumínico, pero genera emociones muy verdaderas.

Me ha sucedido, a veces, que durante el primer día de rodaje comience a llover. Según la tradición, y las supersticiones de los cineastas, la lluvia en el primer día de filmación indica que la película será buena y tendrá éxito. Existe también una creencia, no menos supersticiosa, según la cual si llueve el día en que alguien se casa el matrimonio será feliz. Como toda superstición, a veces se cumple y otras no.

L

lenguaje

Del occitano *lenguatge*.

1. Facultad del ser humano de expresarse y comunicarse con los demás a través del sonido articulado o de otros sistemas de signos.
2. Lengua. Sistema de comunicación verbal.
3. Manera de expresarse. Lenguaje culto, grosero, sencillo, técnico, forense, vulgar.
4. Estilo y modo de hablar y escribir de cada persona en particular.
5. Conjunto de señales que dan a entender algo.

lenguaje

Sebastián Errázuriz

El lenguaje es un acuerdo, un conjunto de convenciones que nos permiten transmitir un mensaje a partir de una nomenclatura común, donde cada unidad tiene un significado instituido por el uso y las costumbres. Si tenemos una duda, vamos al diccionario (un documento que sistematiza los usos y costumbres) para averiguar qué significa aquello que no conocemos. Y, puesto que existe un documento que define cada palabra, deberíamos ser capaces de comunicarnos sin equívocos. ¿Pero es eso lo que sucede? ¿Cuántas veces al día nos encontramos con la frase “Yo entendí otra cosa”?

Qué fácil sería comunicarnos si lenguaje y significado tuvieran un vínculo fijo. Se acabarían los malos entendidos. Sabríamos decir exactamente lo que pensamos. Sí, sería fácil. Y muy aburrido. Estaríamos de acuerdo en todo. Llevaríamos una vida de robots que transmiten y reciben información.

Somos una especie capaz de imaginar e interpretar. De aprender el lenguaje de nuestra tribu y de transformarlo. Porque somos individuos y queremos ser únicos. Paradójicamente, el lenguaje nos permite pertenecer a un grupo y al mismo tiempo nos otorga la posibilidad de individualizarnos. Esa capacidad de imaginar e interpretar significados es el poder de la poesía. Y el don de la música.

La música es un lenguaje no semántico, sin un significado unívoco: es un idioma en el cual la interpretación del mensaje dependerá de quien lo escuche. ¿Qué significa un do mayor, qué dice una sucesión de notas determinada?

La composición implica escuchar las emociones propias y elegir sonidos que permitan que otros reciban este mensaje sin significado. Esta compleja red que escuchamos debería ser capaz de tejer un mensaje que cada oyente reconstruirá según su propio banco de emociones: no hay diccionario que explique qué significa cada unidad sonora.

Para que se produzca un verdadero acto comunicativo tendrá que haber, de parte del compositor, talento y honestidad. Talento para modelar el sonido, articulándolo de tal modo que sumerja al oyente en un viaje inaudito. Honestidad para no quedar atrapado en artilugios propios del oficio, que pueden transformar la obra en un ejercicio de prestidigitación musical puesto al servicio de resaltar el ego del compositor y no de comunicar una idea a otros.

Por parte del oyente se necesita una atención plena y libre de prejuicios. El oyente atento será capaz de resonar con lo que escucha, vibrando desde su interior, sintiendo que esa música le dice algo de sí mismo.

¿Qué pasaría si extrapoláramos esta forma de comunicación a la vida política? ¿Se imaginan a un político cultivando su talento desde la honestidad total? ¿Y a su adversario escuchando sin prejuicios?

He aquí otra razón más para convencernos de que la música debe ser enseñada desde la infancia. Porque con ella aprendemos a escuchar con el corazón abierto.

Ll

llenar

De *lleno* del latín *plenus*.

1. Ocupar por completo con algo un espacio vacío.
2. Dicho de un conjunto de personas: Ocupar enteramente un recinto.
3. Ocupar dignamente un lugar o empleo.
4. Parecer bien, satisfacer.
5. Dicho de un macho: Fecundar a la hembra.

Llenar

Nancy Yáñez

Es difícil ver la mitad del vaso lleno en Chile. Las protestas sociales han explicitado el alto índice de desigualdad social que existe en el país y sobre el que ya habían advertido organismos especializados a nivel internacional. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) evidenció en el año 2017 que la desigualdad en Chile era producto de la concentración del ingreso y la riqueza en un 1 % de la población y señaló que el 19,5% del ingreso es captado por el 0,1% de mayores ingresos¹. Hay pocos vasos llenos y muchos vasos vacíos.

La desigualdad afecta con mayor impacto a los sectores más vulnerables, la población marginalizada por la pobreza, especialmente a los niños, niñas y adolescentes, a las mujeres, a la población rural (campesinos y pescadores artesanales), a los pueblos indígenas, a las diversas minorías y migrantes que reivindican por medio de la protesta su derecho a la igualdad, sin discriminación.

El ejercicio de la protesta es un derecho humano, contemplado en el derecho a la manifestación pública

1 PNUD. *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. 2017. pág. 32.

de ideas y reivindicaciones sociales². Se encuentra íntimamente relacionado con las libertades de expresión y reunión, de modo que cualquier límite que se le imponga “debe responder a una rigurosa justificación”³, de lo que se desprende que el Estado debe adoptar medidas razonables y apropiadas para su desarrollo pacífico⁴.

Estos límites han sido rebasados en Chile, donde se ha confiado la seguridad ciudadana a las fuerzas armadas, que hacen uso abusivo y desproporcionado de la fuerza, al margen de sus propios protocolos, vulnerando el derecho a la vida y la integridad física y psíquica de las personas y afectando de modo especialmente grave a grupos vulnerables, ejerciendo la violencia sexual contra mujeres, hombres y personas pertenecientes a las disidencias sexuales y actuando contra niños, niñas y adolescentes. Ese uso abusivo y desproporcionado se refleja en las masivas lesiones oculares que se infligieron a los manifestantes⁵. Los ojos de los jóvenes han sido vaciados. La protesta social y las demandas por un país

2 CIDH. Informe anual de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Informe anual de la Relatoría Especial para la Libertad de Expresión. 2005. párr. 5.

3 CDH ONU. Caso Tae-Hoon Park vs. Republic of Korea, Comunicación N° 628/1995. 3 de noviembre de 1998. párr. 10.3.

4 Corte IDH. Caso Perozo y otros Vs. Venezuela. Sentencia de 28 de enero de 2009. Excepciones Preliminares, Fondo, Reparaciones y Costas. Serie C No. 195. párr. 166.

5 INDH. Informe anual sobre la situación de derechos humanos en Chile en el contexto de la crisis social. 2019. pág. 35.

más igualitario visten de luto. Nos hemos llenado de víctimas.

Los pueblos indígenas en Chile han sido precursores en la denuncia de las desigualdades del modelo económico chileno. Han mostrado de distintas formas el despojo territorial del que han sido víctimas desde tiempos históricos y que en la actualidad se profundiza o consolida por medio de la privatización de bienes esenciales como el agua. Los ríos en el sur y las lagunas en el norte se vacían, los pueblos y la tierra también se llenan de víctimas.

Pero a pesar de eso el estallido social en Chile ha llenado la plaza de la dignidad de banderas mapuches, rapa nui y andinas. La demanda indígena ha sido recogida por los manifestantes como propia, dotando de contenido intercultural a las protestas sociales. Ese Chile digno, equitativo, justo y diverso, que toma cuerpo en las voces del movimiento social, las asambleas territoriales y los pueblos indígenas y tribales, es el Chile que nos llenaría de orgullo.

M

memoria

Del latín *memoria*.

1. Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado.
2. Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado.
3. Exposición de hechos, datos o motivos referentes a determinado asunto.
4. Estudio, o disertación escrita, sobre alguna materia.
5. Relación de gastos hechos en una dependencia o negociado, o apuntamiento de otras cosas, como una especie de inventario sin formalidad.

memoria

Claudia Campaña

Memoria: (vocablo que deriva del latín *memoria*) es una facultad que le permite al ser humano retener y recordar hechos pasados. La palabra también permite denominar al recuerdo que se hace o al aviso que se da de algo que ya ha ocurrido, y a la exposición de hechos, datos o motivos que se refieren a una cuestión determinada.

Memorias de Puerto de Ideas

Como historiadora del Arte, pienso que lo peor que le puede suceder a un ser humano es perder la memoria; es decir, quedarse sin sus recuerdos y, por ende, sin capacidad para interactuar con otros ni de responder a su entorno. En tanto, estimo que una sociedad que no se interesa por su propia historia, ni la valora, está condenada a sufrir las feroces consecuencias de un Alzheimer colectivo. Como señaló Jean Paul (Richter): “La memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados”; mejor, del que no debiéramos ser desterrados.

Recuerdo, por ejemplo, la primera vez que Chantal Signorio, presidenta de Fundación Puerto de Ideas, me habló de crear un festival cultural fuera de Santiago que convocara a expertos nacionales y extranjeros de diversas disciplinas: “Quiero que una clase tuya de Arte esté disponible a todo público”, me señaló. Diez años

después de esa conversación, doy fe de que concretó con creces su proyecto.

Puerto de Ideas nos (me) obligó a salir por unos días de nuestros (mis) ensimismamientos investigativos, escriturales y/o docentes. Tengo grabados en el recuerdo mis encuentros con distintos participantes, todos reunidos (concentrados) en un mismo hotel compartiendo mesas redondas en desayunos, almuerzos y más. Disfruté hablar con tantos, pero especialmente con Julia Kristeva, Carlo Ginzburg, Ramuntcho Matta, Michel Menu, Ferdinando Scianna, Sonia Montecino, Andrés Gomberoff, Andrés Couve, Eric Goles, Fernando Casasempere y Alfredo Jaar. Este último estuvo a cargo de la conferencia que dio inicio al festival, y visualizo como si fuese ayer el auditorio del Parque Cultural de Valparaíso (Ex Cárcel) repleto de público. Como la charla de Jaar se extendió más allá de lo previsto, el antropólogo y economista francés Marc Augé —quien exponía una hora después en el Museo Lord Cochrane— debió retirarse antes del término. Signorio me pidió que lo acompañara en un taxi, cuyo conductor partió a toda velocidad por los angostos cerros de Valparaíso para acortar camino. Íbamos como en una montaña rusa y lo que era previsible sucedió: chocamos. No hubo consecuencias que lamentar y Augé, hombre poco expresivo, llegó a tiempo a su cita, subió como si nada al estrado, se sentó en un sillón blanco, sacó sus papeles y comenzó a leer. Aún asustada por lo sucedido, me costó al principio concentrarme en su discurso, y cuando lo logré un vozarrón interrumpió

la voz monocorde de Augé. Se trataba de un hombre airado quien reclamó a viva voz y de pie durante varios minutos por el mal estado de los ascensores del puerto, formulando parte de su protesta en francés. Augé lo escuchó impertérrito, volviendo luego a posar su vista con toda parsimonia en las hojas que sostenía en sus manos y retomando la lectura exactamente en la misma línea donde se había detenido minutos antes. Al final del encuentro pedí a Augé que me firmara su libro (*Los “no lugares” espacios del anonimato*); su pequeña y temblorosa letra son reflejo de su estrés de esa tarde.

El vociferante caballero que interrumpió al autor fue la excepción que confirma la regla, porque año tras año el público ha escuchado atento a los expositores, tomando la palabra únicamente para consultas, aportes o discrepancias del todo válidas. Así se ha cumplido cabalmente uno de los objetivos de este festival, que es vincular a diversos actores de la cultura y las ciencias, generando al mismo tiempo puentes entre distintas instituciones. Por ejemplo, fue gracias a Puerto de Ideas Antofagasta (2014) que conocí a Michel Menu, doctor en Física y jefe del Centro de Restauración e Investigación de los Museos de Francia (C2MRF). Lo invitaron a Chile a exponer su conferencia “Cuando la ciencia revela los misterios del arte”, la cual trató sobre los hallazgos post examinación de *La Gioconda*. Aprovechando su presencia en el país, invitamos a Menu a la Facultad de Artes UC, donde departió con estudiantes y docentes. Establecido el vínculo, en mayo de 2014 visité en París el C2MRF con él como guía, recorriendo

este extraordinario laboratorio ubicado bajo el museo del Louvre. Lo que relato se ha replicado con otros expositores y otras universidades a lo largo de los años. Innumerables encuentros y puentes se han generado gracias a este festival.

Por otra parte, como público fui testigo de notables presentaciones y entrevistas. Siendo imposible enumerarlas todas, valga mencionar una: aquella conversación de 2013 entre Cristián Warnken y Gastón Soublette; ¡si hasta los asientos con resortes al aire del Teatro Condell se hacían soportables! En tanto, fui expositor en varias ocasiones y pude compartir mis conocimientos sobre artes visuales, desde Leonardo Da Vinci (Antofagasta 2014; por el interés que concitó, tuve que repetir al día siguiente esta conferencia), hasta el impacto que la controvertida figura de Michael Jackson ejerció sobre artistas contemporáneos (Valparaíso 2018, Parque Cultural, Ex Cárcel). Temas y disciplinas diversas se han dado cita en Puerto de Ideas.

Mientras trabajaba en este texto, la prensa informaba que, debido a la contingencia nacional, Puerto de Ideas Valparaíso 2019 se cancelaba; no pudieron realizarse 50 actividades, muchas de ellas sobre el cambio climático. En estricto rigor, sin embargo, el festival sí ocurrió, aunque en versión jibarizada, con una charla del sociólogo y economista español Manuel Castells, quien habló sobre cómo repensar la democracia frente a 500 personas. De veras espero que tengamos en el futuro nuevos “Puertos de Ideas” para recordar, y que nunca más se suspenda una instancia de convergencia

entre los unos y los otros, las ciencias y las humanidades y los diferentes grupos etarios. Para hacer memoria, pero también para informarse sobre el porvenir e intentar comprender el presente desde diferentes ópticas; por lo general, extraordinariamente lúcidas.

N

nosotros

Del latín *nos*, plural de *ego* 'yo' y *alter*, *altĕra*.

Pronombre personal en primera persona masculino y femenino plural. Forma que, en nominativo o precedida de preposición, designa a las personas que hablan o escriben.

nosotros

Elicura Chihuailaf

Iney rume zullikelay ñi llegal kiñe lof mew, kiñe az mew ñi chumgen, kiñe mogen, kiñe az zugun, kiñe chem raki-zuamgen, feypimekeeyiñ mew taiñ pu Che. Welu, kvzaw-tuaiñ taiñ kima el tañi chumlen taiñ mogen kimvn mew mvten ta mvley taiñ pepi poyewael ka poyeael taiñ wallon mew ka taiñ yamael ta mvlelu zoy ayepvle taiñ pu ken ka taiñ kintun ka taiñ pu reñma ka pu lof. Faw, aye mew, ka kompule. Feypi piyeeiñ mew taiñ pu Che, tañi Gvlam mew. Wimtun ta Ñuke Mapumu.

Nadie elige nacer en un lugar, en un color determinado, en una historia, un idioma, una visión de mundo, nos están diciendo nuestras ancianas, nuestros ancianos. Mas, la tarea es conocer lo que nos ha tocado porque conocer es la única posibilidad de amarse y de amar lo que nos rodea y luego respetar lo que está más allá de nuestros lugares y miradas, de nuestras familias y comunidades. Aquí, lejos, y en todas partes. Así nos está hablando nuestra Gente, en sus *Gvlam* sus Consejos. Costumbres de la *Mapu Ñuke* Madre Tierra de la que somos brotes; hijas e hijos agradecidos. Identidad dicen en las culturas occidentales.

Nosotros somos Mapuche/Gente de la Tierra, nos consideramos apenas una parte más de la Naturaleza. Seguimos las normas que surgen desde sus energías visibles e invisibles. Asumimos que respiramos y soñamos

mos bajo el influjo de la Luna y el Sol. Somos emoción y razón; niños y ancianos, ancianos y niños a la vez. La condición dual que nos rige en la totalidad de nuestra existencia. *Itro Fill Mogen*: la totalidad sin exclusión, la integridad sin fragmentación de la vida. ¿Recuerdas que somos apenas una pequeña parte del universo, abrazados por la dualidad de su energía a la que nos abrazamos? Porque —en nuestra diversidad— somos hermanos y hermanas de las estrellas y de la brizna del más grande y del más pequeño ser vivo aún no nombrado que nos mira en todo instante desde lo aparentemente invisible, y que nos nombra y nos pide que lo nombremos para mirarse y mirarnos —cara a cara— desde las flores del jardín que son nuestros pensamientos.

Los pensamientos, frágiles en su permanencia, indelebles en la profundidad de la memoria. Las culturas que resuellan en la memoria de los antepasados y hablan en nosotros y son flores en el Jardín del Mundo. En cada flor, como en cada ser humano, palpita un color, una forma, un aroma, una textura particular: la hermosa amarillentud, la hermosa negritud, la hermosa blanquitud, la hermosa morenidad, que constituyen lo maravilla de este Jardín. Ninguna flor superior a otra, todas imprescindibles en el orden natural, que no es el “orden” colonialista sino el aparente desorden: la libertad expresada por las piedras, los ríos, los árboles, los lagos, las hierbas, los volcanes..., en lo finito representado por la Tierra; y las estrellas y los planetas en el infinito que vemos e imaginamos

Nosotros venimos desde el Azul y retornamos al Azul; es su energía —el espíritu— que se cobija en su casa transitoria que es nuestro cuerpo y que en el círculo de la vida vuelve siempre a su lugar de origen.

En *Wenulewfv* el Río del Cielo/la Vía Láctea nacen y mueren las estrellas, como los seres humanos nacemos y morimos en el gran Río de la Vida. Ante la brevedad de la existencia nuestra tarea debiera ser: superar la precariedad de la Palabra; así nos dijeron nuestros abuelos y nuestras abuelas.

Somos casi ocho mil millones de habitantes en la Tierra. Ante la codicia de unas pocas familias que siguen depredando la Naturaleza tenemos que ejercer el acto de Soñar y de Conversar (soñando todo lo vivido/ conversando todo lo soñado) que hoy es en sí mismo un acto de subversión porque va en contra del sistema de “progreso” que nos han impuesto. Recuerden —nos dicen— que, en la dualidad del tiempo circular, habitamos la frontera finita de lo nombrado, intentando siempre atisbar la infinitud —pletórica de significados— de lo por nombrar.

Pero en este tiempo nuestro espíritu y nuestro corazón se agitan porque sienten pena al constatar la realidad de cómo nos han venido enturbiando nuestro caudal de palabras, nuestro colorido de jardín diverso, su movimiento de oruga imperceptible. Son millones de hectáreas afectadas por la deforestación y el fuego; millones de animalitos y aves muertas y desplazadas; millones de insectos desaparecidos. Las plantaciones de

eucaliptos y pinos interrumpiendo el ciclo del agua. Y la lluvia no viene o viene toda de una vez. En medio de bocinas y ulular de sirenas, en la complicidad del callarse, del no ver, del “no es para tanto”, “si lo hubiera sabido”, “estuvo/está más allá de nuestras posibilidades”, que intenta justificarlo todo. El poder. La cuota de poder. La terrible complicidad con los que están arrancando las páginas del gran libro de la naturaleza y, en consecuencia, de todos los diccionarios en todos los idiomas del mundo. Para consolidar el olvido.

Nosotros, los pueblos nativos, no hemos perdido la memoria que nos está diciendo que todos los seres humanos —en todos sus colores— provenimos de antepasados nativos. Por eso, Nosotros y los pueblos nacionales profundos que hoy empiezan a recuperar su memoria y se rebelan, decimos: Sí, queremos el desarrollo, pero con la naturaleza y no contra la naturaleza pues ello nunca será desarrollo sino sólo destrucción.

Ñ

ñ

Decimoquinta letra del abecedario español, que representa el fonema consonántico nasal palatal.

ñ

Andrea Jeftanovic

Una letra es un sonido que busca una forma. La Ñ viene desde lejos. Dicen que los escribas latinos tuvieron que explorar diversos signos para dibujar su resonancia. Probaron con “nn”, “gn”, “ni”. Al final, una letra ya existente les dio la base, pero con otra vibración. Los lingüistas describen así el itinerario acústico de esta gráfica: el aire escapa a través de la nariz ariscada y, cuando se pronuncia, el dorso de la lengua se apoya contra el paladar y emite un gruñido leve.

La Ñ empuja el inicio de pocas palabras, es artífice de una colección singular.

Ñandú, ñácara, ñagaza, ñajo, ñame, ñaque, ñeque, ñacurutú, ñagaza, ñu,

Ñapango, ñisca, ñuto, ñagaza, ñapo, ñubla, ñiquiñaque, ñoñería, ñáñigo

Las letras tienen conexiones secretas. La Ñ tiene una arquitectura particular: es la única que requiere un techo para dar sombra o cobijo. O, quizás, es una letra con una ola arriba que quiere navegar en el océano. Una pequeña armadura traza el jeroglífico de su soledad. Su vírgula hace que sea la única letra que no está a la intemperie. ¿De qué se protege la Ñ?

Busco la Ñ en el paisaje. La imagino como una cueva repleta de murmuraciones. O como una criatura

agazapada contemplando las brasas de una fogata al anochecer. O como un volcán ciego en una cadena montañosa en formación. Es lo que cimbra en un bosque de abedules en invierno.

A veces viajo o no viajo, pero hablo en lenguas extranjeras, y la Ñ se resiste a toda traducción. Cuando formulo una idea en otro idioma, cuando tuerzo una frase, la Ñ cincela con su vibración las cuatro paredes de la casa de infancia. El origen es una forma y un sonido sin traducción.

O

obsesión

Del latín *obsessio*, *-ōnis* 'asedio'.

1. Perturbación anímica producida por una idea fija.
2. Idea fija o recurrente que condiciona una determinada actitud.

obsesión

Andrés Claro

“Siga sus obsesiones”; “Hay que insistir en las propias obsesiones”: la misma advertencia en boca de un filósofo y de un cineasta, ambos prodigiosos por su capacidad de producción; sobre todo, por su actitud de intransigencia ante lo real dado. Y es que *pathos* no es patología: si la obsesión se impone más allá de la intención consciente, conviene distinguir, al menos en principio, entre la manía creativa que avanza entusiasmando y la enfermedad incapacitante que paraliza y aísla.

En el terreno patológico —como pensamiento, imagen o impulso intrusivos y recurrentes que impiden funcionar en sociedad, donde el dolor ante la pérdida o la angustia ante el abandono generan un control que reemplaza a la confianza en las personas y las cosas—, la obsesión de la que habla la psiquiatría moderna des-punta como una metamorfosis posible de la antigua noción teológica: la del sometimiento a un espíritu maligno externo (a diferencia de la “posesión”, donde el espíritu maligno se habría introducido en el cuerpo). La taxonomía que impone la ciencia médica a quienes aparecen dominados por ilusiones hipostasiadas de las que hacen depender su felicidad o su condena —digamos, alimentos o personas específicos, el orden o la limpieza permanentes—, surge como la versión en buena hora secularizada de trastornos que según la

Enciclopedia católica serían, a pesar de su apariencia natural, resultado de una intrusión demoníaca (partiendo por el caso ejemplar de los obsesos sexuales). La mentalidad es aquí rígida y normativa, poco dada a los saltos en la experiencia.

El funcionamiento y los efectos de la obsesión en la creación artística, humanista o científica son algo distinto. Como intuición, imagen o idea fija que responde a una interrogación o manera de mirar la realidad, incluso como indignación ante el estado de las cosas, constituye una manía productiva y susceptible de contagiar a otros, de sumar cómplices en el camino. Es lo que se reconoce en las obsesiones históricas que dirigen la actuación de grandes disciplinas: el caso de la filosofía contemporánea obsesionada por el lenguaje, por ejemplo, interrogándolo como clave de constitución de la experiencia humana; o el de las ciencias naturales obsesionadas por los orígenes, del universo en la física, de la vida en la biología. La obsesión productiva da también la clave de entrada a la originalidad de muchos escritores y pensadores: a Borges, obsesionado por los espejos, los laberintos y otras topologías sin fondo ni fin que proyecta como horizontes existenciales en sus ficciones; a Derrida, obsesionado por la escritura y las consecuencias de su comportamiento para la significación de los sistemas y la representación de lo real. En fin, a ambos obsesionados por la genealogía de las palabras –aunque el segundo lo esté para recuperar sentidos perdidos o proyectar sentidos posibles, mientras que el primero para saber lo que estas ya no significan,

como en el caso de la palabra misma “obsesión” (del latín *obsessio*), que designaba originalmente el acto de “asediar”, “sitiar” o “boquear”, sentido bélico que se utilizó hasta bien entrada la modernidad.

De modo que si antes, en su horizonte marcial, se hablaba literalmente de “la hambruna ocasionada por la obsesión”, la expresión figurada que siguió se gastó en el camino, pasando a designar en las ciencias y las artes otro tipo de necesidad visceral: la de nuevas maneras de ver las cosas o de representarse lo real. Al hacer de la obsesión virtud, deviene motor de la heurística: una insistencia en la intuición personal que lleva a explorar no sólo objetos inéditos, sino principios desconocidos que permitan comprender de otra forma lo que se creía familiar, haciendo de un detalle significativo la puerta de entrada a un universo posible.

Actitud que no tiene nada de intelectual o de extraordinaria, por lo demás; simplemente prolonga por otros medios nuestros instintos más básicos. Pues existir es ya insistir; vivir es persistir. Desde el modo en que cada una de nuestras células persevera en ser lo que es mientras puede, pasando por el orden provisorio que damos a la habitación en que nos recogemos al terminar el día, hasta la estructura ideal que proyectamos a nuestro alrededor como una tela de araña para atrapar y fijar los objetos y eventos que constituyen nuestro horizonte existencial más amplio.

P

palabra

Del latín *parabōla* ‘comparación’, en latín tardío ‘proverbio’, ‘parábola’, y este del griego *παραβολή* *parabolē*.

1. Unidad lingüística, dotada generalmente de significado, que se separa de las demás mediante pausas potenciales en la pronunciación y blancos en la escritura.
2. Representación gráfica de la palabra hablada.
3. Facultad de hablar.
4. Aptitud oratoria.
5. Empeño que hace alguien de su fe y probidad en testimonio de lo que afirma.

palabra

Álvaro Viguera

Las palabras son todo lo que tenemos

Samuel Beckett

Cuando empecé a pensar en la palabra “palabra” hice una asociación rápida y apareció algo que ocurrió hace ya casi veinte años. Los primeros ejercicios de dirección y escritura escénica que realicé cuando era estudiante fueron cuatro piezas experimentales: “Palabras de dos personas”, “Palabras abruptas”, “Palabras diurnas y nocturnas” y “Palabras finales”. En aquella época buscaba poner en escena textos de mi autoría en espacios de representación no convencionales, e intentaba plasmar sensaciones e imágenes de mis problemas personales de aquel entonces. Era joven, y por eso creo que buscaba romper con lógicas narrativas que pudieran complacer al público. No quería entendimiento ni tenía el afán de narrar una historia, solo quería articular una rítmica que me ayudara a poner frente al público problemas humanos. Para esto utilicé de manera intuitiva esos cuatro títulos que comenzaban con la misma palabra: “Palabras”.

Seguramente lo hice porque las “palabras” fueron amables conmigo, un puente entre una pulsión interna y un mundo que observaba. Esas palabras eran propias,

solo más, no se las debía a nadie, y me ayudaron a ser, a pensar, a crear. La palabra era lo único que tenía para salvarme de mi propia intimidad. No manejaba la técnica dramática ni sus estructuras, solo deseaba que en el silencio y la estridencia la palabra me ayudara. No fue fácil.

Ahora, como director, hace ya muchos años dejé de lado mis propias palabras para entrar en las de otros dramaturgos y dramaturgas y mi trabajo ha sido el de descifrar y conocer una obra para luego articularla. Pero hay algo que no ha cambiado, y es esa necesidad de concebir la palabra como un espacio de libertad. Como la entidad mínima más poderosa dentro del paisaje escénico.

Q

Qapac Ñan

Del quechua *qhapaq* 'camino' y *ñan*
'principal'

Camino andino prehispánico que llegó
a recorrer cerca de 6.000 kms en sentido
norte-sur.

Qapac Ñan

Olaya Sanfuentes

Pienso en el concepto de *Qapac Ñan* desde lo que he estudiado y enseñado, pero más aún desde lo que anhelo y lo considero óptimo para nuestra sociedad. Y lo asocio al quehacer de Puerto de Ideas.

En una coyuntura en la que los paradigmas tradicionales están cuestionados, qué mejor que recurrir a nuestra historia e idiosincrasia latinoamericanas para encontrar nuevos referentes de pensamiento, modelos propios para pensar el futuro. En esa búsqueda, lo primero en lo que pienso es en nuestros pueblos originarios, en la relación inclusiva y respetuosa que desarrollaron con la naturaleza. Vivían una relación más armónica con su entorno, porque pensaban que el hombre era un actor más de un sistema de relaciones múltiples.

Nuestros pueblos originarios americanos desarrollaron las matemáticas, la astronomía, y sistemas de contabilidad (*quipus*) que no han sido todavía plenamente descifrados; a través de tecnologías sofisticadas, como los diques de México, lograron desafiar los embates de la naturaleza; ejercieron un control sobre productos naturales que eran luego redistribuidos entre la población; se relacionaron siguiendo los principios de la reciprocidad y la complementariedad, y desarrollaron

las artes plumarias, cerámicas, textiles y líticas. Y, en el caso de los pueblos andinos, crearon el *Qapac Ñan*.

El *Qapac Ñan* fue el sistema de caminos que unió lejanos territorios del Tawantinsuyu, como se le llamaba al Imperio de los Incas. Sus cuatro suyus (Contisuyo, Chinchasuyo, Antisuyo y Collasuyo) se extendían a través de los Andes, cruzando sierras, costas, altiplanos y cordilleras, cubriendo territorios de las actuales repúblicas de Chile, Perú, Bolivia, Argentina, Ecuador, y el sur de Colombia. Cuzco era la capital, centro cosmogónico y geográfico.

El *Qapac Ñan* consistía en una red sofisticada y eficiente de caminos y puentes, almacenes y centros de control, una maravilla de la ingeniería inca que logró cubrir 23 mil kilómetros y se construyó sin la ayuda del hierro ni de la rueda. El *Qapac Ñan* vinculaba territorios, áreas ecológicas y pueblos, y permitía la circulación de personas —a pie o utilizando llamas cuando transportaban carga—, objetos e ideas. En paralelo a la infraestructura del camino, estaba el sistema de correos imperial que, a través de chasquis o corredores, extendía por todo el Tawantinsuyu las novedades y los asuntos oficiales.

Esto es para mí Puerto de Ideas: una red dinámica y flexible que permite la circulación y el encuentro entre personas con la intención de formar algo más grande: un mundo interconectado y transitado, gobernado por las ideas y la creatividad. El *Qapac Ñan* es Patrimonio de la Humanidad desde 2014. Puerto de Ideas es

un patrimonio que hemos construido entre todos y que deseamos se siga transmitiendo a las generaciones venideras.

R

realidad

1. Existencia real y efectiva de algo.
2. Verdad, lo que ocurre verdaderamente.
3. Lo que es efectivo o tiene valor práctico, en contraposición con lo fantástico e ilusorio.

realidad

Óscar Contardo

Hubo algo que caracterizó al siglo XX, más que las revoluciones, más que las guerras mundiales y la guerra fría. Algo que se filtraba en democracias y totalitarismos, que impulsaba los avances de la ciencia y sostenía las nuevas tecnologías. Algo que de un modo imperceptible estaba relacionado con todo lo que pasaba: durante el siglo XX la mayor parte de los habitantes del planeta aprendieron a leer y a escribir.

En la década del 50, la alfabetización alcanzó el 55.8 por ciento de la población mundial y avanzó a un ritmo sostenido en los años posteriores. A pesar de que en las zonas más pobres la cantidad de habitantes aumentaba a un ritmo mayor que en las regiones más prósperas, llegado el siglo XXI el porcentaje de personas alfabetizadas superó el 80 por ciento del total.

Leer, escribir, conocer, comprender, decidir. Esa era más o menos la cadena lógica: una población educada fortalecería la democracia, al menos en la parte del planeta donde ya estaba instalada esa forma de gobierno. Pero algo ocurría en paralelo, un resquemor parecido a una sospecha que cundía sobre los antiguos andamios institucionales desde donde tradicionalmente se habían dictado las reglas que distinguían lo que resultaba apropiado de lo que resultaba amenazante para la convivencia democrática. Una distancia nueva entre gobernan-

tes y gobernados que acabó minando la idea de futuro y progreso que habíamos compartido, y nos arrinconó en un hábitat pegajoso, colmado de los desechos de instituciones que se derrumbaban —Estado de Bienestar, Iglesia católica, democracia representativa—, de expectativas frustradas, como un islote de basura plástica en medio del océano, en permanente crecimiento, alimentado por nuestra propia ansiedad e impericia.

La realidad como una habitación oscura en la que se avanza a tientas, y en la que el conocimiento cuenta menos que las emociones que surgen ante el terror de dar un paso en terreno movedizo. Nos aferramos a quien primero nos señale, con el suficiente aplomo, la dirección de la salida más próxima, sin preguntarle siquiera si ya sabe lo que hay cruzando la puerta.

En 2016 el diccionario inglés Oxford eligió “posverdad” como palabra del año, un concepto acuñado en los 90, aplicado a la política, que alude a las mentiras en las que la gente prefiere creer en vez de cotejar los hechos. Aun teniendo toda la información disponible para evaluarlos, tendemos a creer lo que se ajusta a nuestras corazonadas. Ese también fue el año en que los británicos decidieron abandonar la Unión Europea y en el que los estadounidenses eligieron presidente a Donald Trump. En 2018, las sociedades de ciencias médicas de Europa responsabilizaron a las campañas de los grupos antivacunas por la epidemia de sarampión en el continente: hombres y mujeres educados, profesionales de clase media que en un momento decidieron creer, pese a toda la evidencia histórica, que las vacunas

eran parte de una trama de las farmacéuticas y no una defensa contra viejas enfermedades que durante los siglos anteriores provocaban el sufrimiento y la muerte de niños y adultos. Esa decisión —no vacunar— acabó dañando al resto.

Las primeras décadas del siglo XXI han estado marcadas por el vértigo que imponen las nuevas tecnologías, que enmarcan y aprisionan una versión de la realidad en un diseño algorítmico, en pantallas portátiles adictivas, sensibles a nuestras debilidades. Artefactos que supuestamente iban a ayudarnos a dar con la información necesaria para conocer, comprender y decidir, sin más mediador que nuestras propias urgencias. Pero no fue eso lo que ocurrió. Lo que ocurrió se puede resumir en una frase del alcalde de un pequeño pueblo de Estados Unidos, publicada en una nota del *New Yorker*: la mayor parte de la gente no quiere que la confundan con hechos. Era su manera de explicar la extinción de los periódicos locales.

De un tiempo a esta parte, lo que buscamos no es comprender lo que pasa para luego decidir, sino bucear en una realidad a la medida de nuestra angustia que nos evite pensar en lo que hay detrás de la puerta de salida.

S

saberes

Del latín *sapĕre*.

1. Tener noticia o conocimiento de algo.
2. Estar instruido en algo.
3. Tener habilidad o capacidad para hacer algo.
4. Estar seguro o convencido de un hecho futuro.
5. Tener noticias o información sobre alguien o algo.

saberes

Francisco Mouat

*Recuerdo una frase de Goethe que desde hace años
me conmueve particularmente:
solo se puede escribir de aquellas cuestiones de las
que no se sepa demasiado.*

Robert Musil, *Ensayos y conferencias*

¿“Saber”, a secas, palabra singular, o “saberes”, en plural? “Saber” parece más absoluta que “saberes”; más concluyente, menos sugerente y ambigua, aunque, como toda palabra, sus alcances dependerán de con qué otras palabras conviva, cuánto haya en ella de búsqueda, de tanteo, de boceto, de aproximación, más que de certezas o comprobaciones. Trato de no olvidar aquella cita que Sergio Pitoll hace de Pessoa en *El arte de la fuga*: “No me deje solo entre personas llenas de certezas. Esa gente es insoportable”.

“Saberes”, por su propia condición plural, pareciera incluir en su esencia y naturaleza la diversidad, lo diferente, la contradicción, la ambigüedad, lo invisible, la alteridad, la sombra y el misterio. Vaya uno a saber.

Le pregunto a un amigo académico, gran conocedor de la etimología de las palabras, por “saber” o “saberes”, y él responde con una grabación improvisada y generosa: “Para los grandes diccionarios de etimología, la raíz indoeuropea *sap* viene del hecho de gustar, y por

lo tanto de esa acción sensible tan cercana a la infancia, al hecho del *me gusta/no me gusta* como un principio radical del juicio humano. Ese saber, ese vínculo con el gusto tiene que ver con el sabor; por lo tanto, *saber* y *sabor* están relacionados. A partir del siglo 18, la llegada del pensamiento más abstracto e idealista separa *saber* de *sabor*, pudiendo hacernos creer que aquello que nos gusta es algo subjetivo separado de la razón. Pero ya sabemos que no es así: la historia de la palabra *saber* tiene un vínculo radical con la experiencia humana del gusto, de tener la experiencia del sabor. De ahí el *saber* y la derivación con *sabio*, aquella persona que suponemos es la persona que más sabe”.

Elijo “saberes” en vez de “saber”. Como una posibilidad de practicar aquello que García Lorca anunció en sus versos: “Aunque sepa los caminos, yo nunca llegaré a Córdoba”.

Saberes. Salimos a buscarlos. Tantas veces llegan sin aviso. Nos habitan, nos transforman, nos incomodan, nos perturban. Los pensamos, los nombramos, los interrogamos, dudamos de ellos. No nos gusta que los compren y los vendan. Pero vemos que ocurre aquí y ahora, ayer y mañana. El físico italiano Ettore Majorana desapareció de la faz de la Tierra en marzo de 1938, y ninguna certeza hay de qué ocurrió con él. ¿Sabía demasiado de energía atómica, de su poder destructivo, y prefirió huir antes que hacerse responsable de lo que ya sospechaba ocasionaría ese saber? Podemos llenarnos de información y datos sobre su vida y sus investigaciones científicas, pero probablemente lo que mejor sepa-

mos de Majorana sea eso que Pier Paolo Pasolini llamó “la contemplación del misterio de su desaparición”, y que ocurre cuando leemos la novela sobre Ettore Majorana que escribió Leonardo Sciascia hace un montón de años.

En una de las últimas entrevistas realizadas a Jorge Millas, le preguntaron qué le había enseñado la filosofía.

—Creo que fundamentalmente me ha enseñado a ser tolerante y a rechazar todo dogmatismo. También me ha llevado a ejercer un control medianamente racional sobre mis instintos y mis frustraciones.

—¿Y qué le ha enseñado la vida?

—La vida me ha llevado a la conclusión de que el bien máspreciado que podemos perseguir es la bondad, más que el saber.

“Nunca hay que saberlo todo, y en ciertas cosas es mejor evitar el lujo de detalles”, escribe Tabucchi en *Autobiografías ajenas*. Se me viene a la cabeza un poema de Wisława Szymborska. Se llama “A algunos les gusta la poesía”: “Serán dos de cada mil personas. / Les gusta, / como también les gusta la sopa de fideos, / como les gustan los cumplidos y el color azul, / como les gusta la vieja bufanda, / como les gusta salirse con la suya, / como les gusta acariciar al perro. / La poesía, / pero qué es la poesía. / Más de una insegura respuesta / se ha dado a esta pregunta. / Y yo no sé, y sigo sin saber, y a esto me aferro / como a un oportuno pasamanos”.

T

territorio

Del latín *territorium*.

1. Porción de la superficie terrestre perteneciente a una nación, región, provincia, etc.
2. Terreno. Campo o esfera de acción.
3. Circuito o término que comprende una jurisdicción, un cometido oficial u otra función análoga.
4. Terreno o lugar concreto, como una cueva, un árbol o un hormiguero, donde vive un determinado animal, o un grupo de animales relacionados por vínculos de familia, y que es defendido frente a la invasión de otros congéneres.

Territorio

Eugenio Dittborn

Se denomina territorio a puñales que yacen en un campo florido y desaparecen.

Se denomina territorio a guadañas que bailan en una extensión blanca y desaparecen.

U

universo

Del latín *universus*.

1. Universal.
2. Mundo. Conjunto de todo lo existente.
3. Conjunto de individuos o elementos cualesquiera en los cuales se consideran una o más características que se someten a estudio estadístico.

universo

Alejandra Costamagna

Bitácora de un universo esquivo

*Todo comenzó en una gran explosión hace trece
mil ochocientos millones de años*

Gerardo Herrera Corral

Es 16 de octubre de 2019 y te invitan a escribir sobre la palabra universo. Aceptas. Pasan dos minutos y ahí estás, dudando de haber aceptado. “Universo” se te vuelve un término demasiado grande e inabarcable. Tu mente programa una salida: hablar de los pequeños universos que forman parte del Universo. Tomar la palabra por su contrapalabra. Como en un destello aparece en tus pensamientos la figura de Georges Perec, que en su libro *Lo infraordinario* pone el ojo en aquello que ocurre cada día, en la cosas que de tan vistas dejamos de atender. “Describe su calle. Describe otra. Compare”, invita Perec. Y va más lejos: “Haga el inventario de sus bolsillos, de su bolso. Interróguese acerca del origen, el uso y el futuro de los objetos que saca de ahí. Interrogue a sus cucharitas”. Poner en juicio lo habitual: concluyes que eso te pide Perec.

Es 18 de octubre de 2019 y todo comienza con la interrogación de lo habitual en el espacio público. Observas que parecíamos resignados a ser un país con desigualdades abismantes y derechos sociales convertidos en mercancías. Un país con un malestar demasiado tiempo acumulado, donde la elite evade impuestos, sanciones por colusión, responsabilidades por fraude al fisco, multas e intereses millonarios, mientras el resto de la población vive rasguñando para llegar a fin de mes, endeudado hasta sus últimos días. Interrogar lo habitual, insiste Perec. Lo escuchas como un eco ahora mismo: “Ni siquiera es condicionamiento, es anestesia. Dormimos nuestra vida con un sueño sin sueños. ¿Adónde está nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestro espacio?”. Te parece que de ese sueño sin sueños viene el despertar, el estallido, la gran explosión que experimenta Chile ese viernes 18 de octubre. Vislumbra que nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestro espacio dejan de estar bajo anestesia.

Es 25 de octubre de 2019 y el Presidente de tu país ha dicho que “estamos en guerra contra un enemigo poderoso e implacable”. No lo puedes creer, pero es así: la esposa del Presidente ha dicho que lo que ocurre es como “una invasión alienígena”. Piensas que vivimos en universos paralelos. Un amigo te pregunta qué escribirías si no estuviera pasando lo que está pasando. Por ahora no hay nada que puedas escribir que no sea esto que ves, el millón y medio de personas en la calle por un lado, la represión desatada por el otro. Gente

abusada, torturada, cegada por disparos de la policía. Le dices a tu amigo que si esto no hubiera ocurrido, estarías escribiendo sobre el universo. Le explicas, sin embargo, que hoy tus pies están más que nunca en la tierra y que el universo desde el que podrías mirar cualquier cosa que escribas hoy se dio vuelta. Es un universo demasiado desconocido, que no te atreves a verbalizar.

No sabes la fecha de hoy. Pierdes la cuenta de los días. El tiempo se ha dislocado. Tu país está bajo toque de queda en un presente que se parece demasiado a ese pasado que no quisieras traer a colación. Tu mente va de una temporalidad a otra como una flecha ciega. Recuerdas una escena de infancia. Es 1973, estás en la cocina con tu hermana. Ninguna de las dos sabe lo que significa “toque de queda”. Suponen, eso sí, que no es algo bueno. Suponen que es una especie de castigo. Y quizás por qué vaga asociación tu hermana y tú ven a las hormigas como a las víctimas de ese castigo. La escena del recuerdo es ésta: una fila de hormigas sube por el muro de la cocina y tu hermana las va aplastando una a una con su dedo índice mientras murmura “toque de queda, toque de queda, toque de queda”. El dedo le va quedando negro, afuera ya está el pudridero.

Es un día de este octubre sin fin y llega a tus manos el libro *Agujeros negros y ondas gravitacionales*, del mexicano Gerardo Herrera Corral. En la página 159 lees que “el Universo está hecho de todos los momentos: del

pasado, presente y futuro. Ya todo está ahí. El Universo es todos los instantes y no sólo el momento breve que se nos escapa con sigilo. El pasado no se ha ido, porque es parte del tiempo y del espacio que forman la estructura del Universo”.

¿Es 44 de octubre, 52 de noviembre? No sólo el tiempo, sino la memoria aparece estos días en una simultaneidad de capas. Escuchas. La música está ahí para cruzar generaciones. En una esquina de la protesta suena “El derecho de vivir en paz”, de Víctor Jara, y los años 70 vibran en el espacio. Más allá está “El baile de los que sobran”, de Los Prisioneros, y el viaje es directo a los 80. Acto seguido retumba “Y la culpa no era mía ni dónde estaba ni cómo vestía”, una de las estrofas más coreadas de la performance “Un violador en tu camino”, del colectivo feminista Lastesis, que da la vuelta al mundo en este 2019 con su denuncia. Piensas que nuestros microuniversos también están hechos de presente, pasado y futuro. Escuchas. Las consignas de las marchas van creando constelaciones de ideas. Te preguntas cómo habrá sido la música del inicio del universo. Quisieras recrear esa armonía cósmica. Escuchas. Recuerdas que Enrique Lihn apuntaba en “La musiquilla de las pobres esferas” que “no se habla de la vida desde un púlpito / ni se hace poesía en bibliotecas”. Crees escuchar a Lihn ahora mismo, zanjando que “la musiquilla de las pobres esferas / suena por donde sopla el viento amargo / que nos devuelve, poco a poco, a la tierra”.

Es una mañana de un mes de un tiempo sin tiempo. Escribes desde la incertidumbre. Intentas centrarte en el futuro del día a día, interrogar a tus cucharitas, pero el metal tranquilo de sus voces no te responde. Piensas que la memoria son vestigios, astillas, escenas desbandadas, palabras sin rienda: el eco de una canción que tarareamos día y noche, como una forma de respirar. Vas de lo infraordinario a lo universal, de la tierra al cielo, y en el gran salto interrogas al porvenir. Las páginas de Herrera Corral están ahí y vienen a decirte que para la tierra el desenlace será brillante: “Dentro de mil millones de años sus habitantes verán como el sol crece. Ya envueltos en su luz, el calor terminará por evaporar los mares. El sol crecerá aún más cuando ya no esté nadie. Dentro de cinco mil millones de años será tan grande que absorberá a nuestro planeta. Así, bañado en la luz de su propia estrella, se extinguirá la memoria de nuestro planeta que alguna vez vio surgir la vida”. Cierres el libro, vuelves a la tierra. Tienes ganas de aullar.

V

viaje

Del occitano o catalán *viatge*.

1. Acción y efecto de viajar.
2. Traslado que se hace de una parte a otra por aire, mar o tierra.
3. Camino por donde se hace un viaje.
Traslado por aire, mar o tierra.
4. Ida a cualquier parte, aunque no sea jornada, especialmente cuando se lleva una carga.
5. Carga o peso que se lleva de un lugar a otro de una vez.

viaje

Rafael Sagredo

Solo los seres humanos viajan, pues el desplazamiento de los cuerpos celestes obedece a las leyes de la física y el de los animales a sus instintos. A la palabra viaje, que implica voluntad o intención, se pueden asociar otras que reflejan las características y posibilidades de la humanidad. Ciertamente hay desplazamientos obligados, pero no son el tipo de experiencia que asociamos al viaje pues son consecuencia de situaciones violentas o extremas, que se nombran con otras palabras, como “inmigración” o “desplazamiento”.

El hecho de viajar puede ser comprendido como fin o como medio a veces imprescindible para lograr otros propósitos. El afán por expandir el mundo conocido, que es propio de nuestra especie, no sería posible sin viajar. Viajando, aventurándose y arriesgándose se ha conectado el mundo, pero también se han explorado el espacio y los océanos.

Entre las palabras definitivamente relacionadas con viajar están expectativa y curiosidad, pues todo viaje implica una esperanza. Esperanza de acceder a una realidad desconocida y estimulante. Interés y necesidad son términos también estrechamente relacionados al viaje, sobre todo si se tiene en cuenta la expansión del capitalismo a partir de los viajes de descubrimiento del siglo xv. La ciencia y la investigación son fundamentales

como estímulos de un viaje de resultados impredecibles. Charles Darwin viajó entre 1831 y 1836, y ese viaje hizo posible reunir evidencia para sustentar la teoría del origen de las especies por el mecanismo de la selección natural. El hombre viajó a la Luna en 1969, y fue una experiencia que nos enseñó más acerca de nuestro mundo que del que íbamos a explorar.

Pero quizás la palabra que más se relaciona con el viaje sea aventura, pues cualquiera sea el motivo del desplazamiento siempre tendrá una cuota de incógnita. La necesidad de ampliar la ecúmene, la avidez por llegar a nuevos mundos, la insaciable búsqueda de los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares por lo inédito, tal vez sea una de las principales motivaciones, la explicación de todo lo que representa la palabra “viaje”. Más allá de que los viajes sean protagonizados por sujetos comunes o reconocidos exploradores, parte de una gran empresa o una sencilla travesía, tras ellos están los significados profundos, trascendentes y perdurables que viajar hace posible. Por ejemplo, educar la empatía, practicar la capacidad de sorprenderse, valorar y disfrutar otras realidades, relativizar lo que tenemos por verdades, usos y costumbres absolutas. Ser, por último, capaces de apreciar las formas diferentes y semejantes en que se expresan las culturas y la humanidad de la que formamos parte.

W

web

Del inglés *web*; propiamente 'red, malla'.

En informática: red informática.

web

Pablo Chiuminatto

Invisible y enorme, un objeto abstracto y ubicuo, la *web*. Palabra del inglés que significa red. Sinécdoque de *World Wide Web*. Legado de la cultura cibernética de fines del siglo XX, llegó por medio de la telefonía y los computadores domésticos y, con la fibra óptica, se incorporó de lleno a la vida, cambiándola para siempre. Algunos la comparan con la invención de la imprenta o la pólvora. Gran malla de nodos interconectados para la transmisión de datos y archivos de hipertexto, su llegada permitió el desarrollo de servicios y protocolos específicos, dependiendo de las necesidades de los usuarios. Todo se agilizó, el acceso remoto, la digitalización, la logística, la interacción en tiempo real. Cambió medios consolidados: la televisión, el cine, la radio, la prensa. Y planos profundos de la vida cotidiana, del ocio, del estudio, la formación y la enseñanza.

La palabra red proveniente del latín *rete*, que remite a la antigua costumbre de encerrar a los animales por la noche con redes, de donde vienen las palabras redil, redada y enredo. El anglicismo *web* designa el tejido, la trama de tela. Incorpora raíces germanas, del indoeuropeo y del sánscrito, compartiendo con el griego la misma vertiente que refiere a la incansable actividad de las arañas, y, de ahí, al tejido de lana.

Pero esta *web* que mejora el trabajo, el juego y la economía encubre también capacidades de dependencia y adicción. Algo en el diseño, en la programación, en el modelo, encandila desde las pantallas radiantes, y las redes sociales multiplican a escala esa fuerza de datos original, despliegan otras zonas de esta entidad electrónica frenética. Todo en línea, en red. Un paraíso y, al mismo tiempo, un infierno donde volvemos a la solución soñada de un mundo sin necesidad de trabajar. ¿Qué haremos cuándo las máquinas hagan todo? Todas en red, con datos que los humanos aportamos, colaborando, emprendiendo, innovando. Una jerga que promete un futuro aliviado, cuando en realidad solo oculta el viejo lenguaje del progreso. La red alcanzó las finanzas, los procesos bancarios, los impuestos, las monedas virtuales. Todos ganan, la casa gana. Entre el ciberespacio y la ciberseguridad hay asaltos, secuestros, quiebras y persecuciones. Plagios y plagiadores, clones y clonados, buscadores y buscados.

La red, formada por hilos virtuales incandescentes de datos, recuerda el sutil arte del tejido de la talentosa Aracné, quien es desafiada por la diosa Atenea, que siente envidia de su capacidad de crear un sistema de redes y nudos complejos. En la competencia, Aracné vence. Atenea, furiosa, la castiga convirtiéndola en araña. Una Babel plana, ya no una torre, ahora un tejido. La humanidad ligada por una red de nodos cuyo centro no está en ninguna parte y sus fronteras se expanden día a día. Casi un tercio de los seres humanos navega

en un océano virtual, entre las corrientes que trazan sus propias huellas, en una metamorfosis de la velocidad y la trama, mezcla de caracol y araña.

X

xenofobia

Del griego *ξενο-* xeno- 'extranjero', 'extraño'
y *-φοβία* -phobía 'temor'.
Fobia a los extranjeros.

xenofobia

Carlos Peña

La xenofobia es el miedo atávico y tribal a quien viene de un sitio distinto y pertenece a otra cultura. Está animada por la pregunta que hiera al xenófobo: ¿qué secreto guarda el otro que yo no? ¿Por qué el otro me quiere arrebatar algo que solo yo poseo? Se trata de una pasión irracional y peligrosa que, como lo muestra la historia, cuando se la deja crecer o se la estimula acaba conduciendo a las peores demasías.

Y desgraciadamente la semilla xenófoba algún suelo fértil tiene en Chile. Un sector de la derecha ha cultivado los gestos y la imaginería del nacionalismo (es cosa de recordar la imaginería del huaso y la tonada). Se suman a ellos los grupos ascendidos que olvidaron, a su vez, que en su propio origen hay un inmigrante, árabe, judío, africano, mestizo o sefardí, descalzo, y ahora arriscan la nariz cuando miran a uno. Y la izquierda tampoco lo hace mal, aunque a otra escala. El internacionalismo proletario fue también una forma de organizar el rechazo del otro (en este caso, del otro no proletario). Todos los pretextos para reivindicar una comunidad invisible son prejuicios antiliberales que de pronto sirven de levadura al espíritu patrioterero y excluyente.

Los movimientos antimigración son por eso un error moral y político.

Las sociedades modernas son, afortunadamente, plurales. Allí coexisten personas con formas de vida, creencias y orígenes muy distintos. Nada hay de uniformidad en ellas. La vieja idea de la nación como un pasado compartido, un origen común para todos los que habitan un territorio, un origen que se hunde en la noche de los tiempos, es una tontería falsa, una fantasía que debe sustituirse (ya lo insinuaron Renan y Ortega) por la idea de nación como un conjunto de personas con un futuro común. Negros, blancos, mestizos, cobrizos, lo que fuera, con prescindencia del lugar en el que hayan nacido, el idioma que hablen, lo que coman o lo que vistan o qué recuerdos los emocionen, deben estar llamados a ese futuro común que no puede ser otro que construir una democracia moderna que no aspire a la uniformidad sino que estimule la diferencia. Creer, en cambio, que el accidente del nacimiento, el lugar donde estuvo situada la cuna en la que alguien vino al mundo, le confiere un derecho especial sobre un territorio, una suerte de primacía sobre quienes nacieron en otro lugar, es una de las ideas más estúpidas que circulan en el espacio público.

Y

yo

Del latín vulgar *eo*, y este del latín *ego*.

1. Pronombre personal primera persona masculino y femenino singular. Forma que, en nominativo, designa a la persona que habla o escribe.
2. En filosofía: sujeto humano en cuanto persona.
3. En psicología: parte consciente del individuo, mediante la cual cada persona se hace cargo de su propia identidad y de sus relaciones con el medio.

yo

Constanza Michelson

Aunque sea rey quien se crea realmente un rey, está loco. La certeza, en psicopatología, es signo de locura, mientras que en la política es lógica de guerra, porque implica clausurarse en una identidad que precisamente, para cerrarse sobre sí misma y estar de acuerdo consigo, requiere inventar un mito en que debe negar y excluir al otro. Cualquier contradicción solo puede encontrarse entre “yo” y “otro”. Pero hay tanta distancia entre “yo” y el “otro” como entre “yo” y “sí mismo”. El “yo” es una pequeña lámina (orgullosa) que cubre la complejidad de un cuerpo escrito por el mundo, habitado por voces que interactúan, a veces en disputas que tironean en direcciones opuestas; fragmentos de deseos propios y ajenos; temporalidades contiguas que demuestran que cosas como el progreso, la adultez o la evolución son ficciones. Ese es el gran descubrimiento —y la ética— de Freud: un síntoma, un sueño, un error sospechoso, aquellas cosas que nos pasan a pesar de nuestras certezas, son la vía privilegiada para conocer la verdad del deseo. Jamás los discursos convencidos de nuestro “yo” consciente.

Un síntoma, un sueño, un error sospechoso, nos revelan que podemos buscar algo y, a la vez, estar intentando lo contrario. Que podemos ser varias personas a la vez, y que hoy tenemos cinco, diecisiete y cuarenta

años al mismo tiempo. Una persona siempre está más a la izquierda o a la derecha de lo que nos enseñó Freud (aunque no es necesario ser freudiano para constatarlo), quien declaró que su descubrimiento fue la tercera herida narcisista de la humanidad. Las dos primeras fueron la de Copérnico, que nos sacó del centro del universo, y la de Darwin, quien nos emparentó con los monos. La del psicoanálisis fue demostrar que el “yo” no es amo en su propia casa.

En todo caso, esta es una idea que hoy parece escandalosa porque atenta contra la imagen de lo humano construida en la Ilustración: la de un sujeto centrado, racional y coherente. No siempre fuimos eso. Los antiguos se definían a sí mismos a partir de su límite, no de su potencia. Llamaban a los humanos “mortales” y encontraban las respuestas a los enigmas en los dioses y los mitos. El programa de la Modernidad, por el contrario, se propuso controlar a esos dioses caprichosos a través de la fe en la razón técnica: controlar la naturaleza, el cuerpo y las relaciones con otros. Las cosas no salieron exactamente como fueron planificadas. Según la filósofa Susan Neiman, el desastre de Lisboa en 1755 (terremoto, tsunami e incendio) reveló la distancia e impotencia de los humanos frente a la naturaleza, mientras que Auschwitz reveló la lejanía entre los seres humanos y ellos mismos. La razón quedó en crisis.

Sin embargo, más allá de esa lección, el siglo XXI hace su arremetida: la promesa de que esta vez sí (ahora a través de una inteligencia superior, artificial, el mejoramiento humano y una súper voluntad propia de las

nuevas generaciones), el proyecto de la ambición por el control y el progreso, podrá llevarse a cabo. (“Cuidense de que en el nuevo siglo puedan cumplirse las fantasías perversas del siglo XIX”, escribió Jacques Lacan). La potencia ya no se le atribuye al sujeto racional de la Ilustración, sino a la técnica. Serán las neurociencias, los datos y las tecnologías del yo los nuevos oráculos que nos volverán ultra potentes.

Se fortalecen las certezas y se diluyen los espacios para las preguntas. Se profundizan los “tú o yo” ante los “tú y yo”. La lengua toma la forma de las lógicas de guerra —destruir al adversario—, y se debilita la lógica política: sentarse a la mesa con el adversario. La única institución que este siglo parece vigorizar es la del yo. Porque no queda otra. Si no hay dioses ni mitos (aunque fueran laicos) en los que reconocerse, queda ser cada uno su propia tribu: el nacionalismo es pariente, en el campo social, de la cultura del yo. Ambos implican una clausura que deja muertos en el camino.

Triunfa el “yo”, aunque en cuerpos apanicados y deprimidos. Cuando se transa el campo de lo ambiguo por las certezas, transamos también al deseo y la ética, que nunca son algo binario, “sí o no”, sino “sí y no”. El problema es que la ideología del “yo” (independiente del lugar político de su propietario) es la de ahorrarse las dudas y relacionarse directamente a las cosas, como si ese fuera un signo de la verdad. Que sexo sea lo que “yo” quiero, que el deseo sea voluntad. Así, se accede a un mundo sin ambigüedad, pero con el costo de perder el erotismo de las cosas y, por cierto, acrecentar

la violencia. Porque en la medida en que cada uno se identifica emocionalmente a una verdad sin cuestionamiento, no hay ánimo de diálogo para pensar un proyecto político común. “Yo” y política no pueden ir en la misma frase.

Ahora, en el mundo explotan revueltas colectivas. En algunas ha vuelto a escucharse la palabra “pueblo”. Quién sabe si no estaremos frente a un cambio de época, dejando atrás una en la que el “yo” gobernaba, seguramente por soberbia y por soledad.

Z

zaguán

Del árabe hispánico *istawán*, y este del árabe clásico *uṣṭuwān*[*ah*].

Espacio cubierto situado dentro de una casa, que sirve de entrada a ella y está inmediato a la puerta de la calle.

zaguán

Cristián Warnken

La palabra “zaguán” me refresca, me acoge, me espera. El zaguán era la sala o la pieza de la casa a la que se pasaba inmediatamente después de atravesar la puerta principal. Ya no hay casas con zaguán, como antes. En tiempos en que cada metro cuadrado que se construye es mensurado con la implacable lógica de la eficacia economicista, el zaguán es un lujo absurdo e innecesario, que ningún arquitecto o constructor puede permitirse. El zaguán es excedente de espacio y tiempo. Cada vez que entro a una casa sin espacios previos, directo a la sala, siento una punzante nostalgia. Pero las casas antiguas, altas, llenas de espacio y tiempo (en Valparaíso había muchas), no eran tales si no estaban precedidas por un zaguán. Tal vez porque en otras épocas el encuentro presuponía una espera, una demora, una transición que hoy, cuando campean la inmediatez y el vértigo, son inconcebibles. La palabra “zaguán” desaparece de nuestras conversaciones y de nuestra literatura, pero es tal su frescor en tiempos de sequía que intuyo que un niño del futuro la recordaría a pleno sol, un día de canícula e incendios y tiempo devorado. “Zaguán”: llegará la palabra desde el aire, como un talismán, y el niño correrá cerro arriba, en Valparaíso, repitiendo la palabra, como si fuera detrás de un volantín perdido o de su propia sombra fugitiva. Buscará en un viejo diccionario y leerá: “Dentro del zaguán hacía fresco y olía

a flores”. Y cerrará los ojos, y sentirá que ya está allí. La palabra “zaguán” lo salvará, como ahora a mí me salva. A veces una palabra arbitraria, escuchada por azar en una conversación o leída en un libro, nos salva. Como al personaje del cuento “Rododendro”, de Hernán del Solar: un oficinista a punto de jubilar escucha un día al abrir las ventanas de su departamento la palabra “rododendro”, y nunca más deja de ser esa palabra un lugar cierto y firme en la intemperie. Para mí esa palabra es “zaguán”. La había escuchado en varias ocasiones, pero fue en un poema de Borges, “Un patio”, desde donde saltó hacia mí como una flor enigmática, como un secreto, como una cifra árabe, como una flor del desierto:

“Lindo es vivir en la amistad oscura
de un zaguán, una parra y un aljibe”

El “zaguán” nos proporciona una “amistad oscura”. Un espacio y un tiempo, un intermedio, una transición entre la entrada y el lugar hacia el cual nos dirigimos. “Una sedosa pausa intermedia [...] entre el denso e irrechazable aparecido”, como diría Lezama, que vivió en una casa de La Habana, con zaguán. Zaguán: tal vez uno de los últimos lugares secretos (“intermedios”) de un mundo donde desaparecen el misterio, el pudor, el secreto. Un lugar de frescura, perfume, sombra, silencio. El zaguán es un lugar propicio para las horas muertas, las horas más vivas de todas, allí donde el tiempo se alarga y se ahonda porque es el tiempo de la espera, el tiempo entre la entrada y el salón, entre el presente y el pasado, los umbrales de las casas altas de un Valparaíso

que navega fantasmalmente entre lo que fue y lo que nunca será. En el zaguán nadie nos espera y hay un saludo lento, moroso: la espera de la niña que demora en salir o de la madre que no nos reconoce cuando llegamos. En el zaguán esperamos. Pero hoy, ¿quién espera? ¿Y la palabra “zaguán” no es acaso una palabra que nos espera, que se toma su tiempo, que resiste a la agresión de lo abierto? Hoy el lenguaje no espera, no se demora. Decir “zaguán” es resistir. Que afuera el desierto avance, que escaseen la sombra y la espera y el secreto. Nadie nos saca del zaguán, mientras podamos silabearlo y decirlo ante la mirada asombrada de los que viven a la intemperie.

Autores

Abecedario - Juan Villoro

Juan Villoro nació en 1956 en Ciudad de México. Es escritor y periodista. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México e invitado en las de Princeton (EE.UU.), Yale (EE.UU.), Pompeu Fabra (España) y Stanford (EE.UU.). Colabora en los periódicos Reforma (México), El País (España), y El Mercurio. Es autor, entre muchos otros, de los libros *El disparo de argón* (2005); *La utilidad del deseo* (2017); *El vértigo horizontal* (2019), publicados en Anagrama. En 2004 recibió el Premio Herralde por su novela *El testigo*, en 2018 el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas y en 2019 el Premio Liber, entregado por los editores de España.

activismo - Raúl Zurita

Raúl Zurita nació en 1950 en Santiago. Es poeta y profesor emérito de la Universidad Diego Portales. En 1979 creó junto a otros artistas nacionales el Colectivo de Acciones de Arte (CADA), el cual llevó a cabo acciones de resistencia política. Entre sus libros destacan: *Purgatorio* (2007); *Anteparatso* (2010); *Zurita* (2011); *Canto a su amor desaparecido* (2019), publicados en editorial UDP; y *La vida nueva: Versión final* (Lumen, 2018), entre otros. Sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas. En el 2000 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura y en el 2016 recibió el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda.

belleza - Rafael Gumucio

Rafael Gumucio nació en 1970 en Santiago. Es periodista y escritor. Ha sido conductor y director de programas de televisión y radio, y colaborado en diversos periódicos como The New York Times, El País, La Nación, El Mercurio, La Tercera y The Clinic, del que también es fundador. Actualmente es director

del Instituto de Estudios Humorísticos de la Universidad Diego Portales. Es autor, entre otros, de *Contra la belleza* (Tumbona, 2010); *La deuda* (2011); *El galán imperfecto* (2017); *Por qué soy católico* (2019), publicados por Literatura Random House. En el 2004 ganó el premio Anna Seghers.

creatividad - Pablo Simonetti

Pablo Simonetti nació en 1961 en Santiago. Es escritor e ingeniero civil. Magíster en Ingeniería Industrial de la Pontificia Universidad Católica de Chile y en Ingeniería Económica de la Universidad de Stanford (EE.UU.). A partir de 1996 se dedicó a la literatura. Es director del Taller gratuito para nuevos escritores, patrocinado por la Universidad Finis Terrae, y también fundador, expresidente y actual director de Fundación Iguales y director fundador de Espacio Público. Entre sus últimas publicaciones se encuentran las novelas *Jardín* (2014) y *Desastres naturales* (2017), ambas publicadas en la editorial Alfaguara.

Chile - Agustín Squella

Agustín Squella nació en 1944 en Santiago. Es abogado, escritor y docente de Filosofía del derecho en la Universidad de Valparaíso. Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid (España). Es miembro de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Es columnista de El Mercurio y autor de más de 20 libros. Entre sus últimas publicaciones destacan *Igualdad* (2014); *Libertad* (2017); *Fraternidad* (2018); *Democracia* (2019); *Derechos humanos ¿Cuánto sabemos de ellos?* (2019), todas bajo el sello de la Editorial UV. En el 2009 fue galardonado con el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales.

diálogo - Lina Meruane

Lina Meruane nació en 1970 en Santiago. Es escritora y docente de la Universidad de Nueva York (EE.UU.). Doctora en Literatura Hispanoamericana por la misma universidad. Su obra reúne una decena de títulos: las novelas *Fruta Podrida* (2007), *Sangre*

en el Ojo (2012) y *Sistema Nervioso* (2018); el ensayo *Viajes Virales* (2012), la crónica *Volverse Palestina* (2014), y la diatriba *Contra los hijos* (2018). Sus obras han sido traducidas a ocho lenguas. Ha recibido los premios Anna Seghers (2011) y Sor Juana Inés de la Cruz (2012), así como becas de escritura de la Fundación Guggenheim (2004), la NEA (2010) y la DAAD (2017), entre otras.

encuentros ~ Sonia Montecino

Sonia Montecino nació en 1954 en Santiago. Es antropóloga y escritora. Doctora en Antropología por la Universidad de Leiden (Holanda). Es profesora titular del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile y coordinadora de la Cátedra Indígena de la misma universidad. Se ha dedicado a los estudios étnicos, de género y culinarios. En 1989 publicó su novela *La revuelta* y su último libro publicado, en coautoría con Rolf Foerster, fue *Marcoyora. Rapa Nui o el paraíso interior de Margot Loyola* (Ed. U. de Talca, 2018). En el 2005 recibió el Premio Altazor y Gourmand World Cookbook, en el 2013 fue galardonada con el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, en el 2015 con la Distinción Elena Caffarena y en el 2018 con la Medalla al Mérito Juan Abate Molina de la Universidad de Talca.

futuro ~ María Teresa Ruiz

María Teresa Ruiz nació en 1946 en Santiago. Es astrónoma y doctora en Astrofísica de la Universidad de Princeton (EE. UU.). Es profesora titular del Departamento de Astronomía de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, y directora del Centro de Excelencia en Astrofísica y Tecnologías Afines (CATA). Se especializa en evolución estelar y sistemas planetarios. Es autora de más de 130 publicaciones científicas y de los libros *Desde Chile un cielo estrellado: lecturas para fascinarse con la astronomía* (Catalonia, 2013) e *Hijo de las estrellas* (Debate, 2017). Fue la primera mujer en ser presidenta de la Academia Chilena de Ciencias (2015-2018) y recibir el

Premio Nacional de Ciencias Exactas (1997). Recientemente recibió la Orden Nacional de la Legión de Honor de Francia (2020).

goce - Adriana Valdés

Adriana Valdés nació en 1943 en Santiago. Es ensayista, crítica literaria, traductora y editora. Estudió Literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile donde ejerció como profesora hasta 1975. Su trabajo aborda diversas manifestaciones artísticas que incluyen literatura y artes visuales. Es la primera mujer en ser directora de la Academia Chilena de la Lengua y presidenta del Instituto de Chile. Entre sus libros destacan *Estudios sobre la Felicidad* (Actar, 1999) y *Memorias visuales, Arte Contemporáneo en Chile* (Metales Pesados, 2006). Fue ganadora del Premio Altazor en 2010 por el libro *Enrique Lihn, vistas parciales* (Palinodia, 2009), y en 2018 recibió el Premio Municipal de Literatura por su ensayo *Redefinir lo humano: las humanidades en el siglo XXI* (Ed. UV).

habitar - Patricio Fernández

Patricio Fernández nació en 1969 en Santiago. Es periodista y escritor. Estudió Literatura y Filosofía en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y realizó un postgrado en Historia del Arte Renacentista, en la Universidad de Florencia (Italia). En 1998 fundó el periódico The Clinic y hoy es columnista de New York Times en español y panelista de Tele13 Radio. Es autor de los libros *Ferrantes* (Mondadori, 2000); *Los nenes* (Anagrama, 2008); *La calle me distrajo. Diarios 2009-2012* (Mondadori, 2012); *Cuba, viaje al fin de la revolución* (Debate, 2018) y *Sobre la Marcha. Notas acerca del Estado Social en Chile* (Debate, 2020).

imaginación - Nona Fernández

Nona Fernández nació en 1971 en Santiago. Es actriz, escritora y guionista. Estudió Actuación en la Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autora de más de

una decena de libros y ensayos. Entre sus publicaciones destacan *Mapocho* (Planeta, 2002); *Chilean Electric* (Alquimia, 2015); *La Dimensión Desconocida* (Penguin Random House, 2016) y *Voyager* (Penguin Random House, 2019). Ha recibido el Premio Municipal de literatura en dos ocasiones y en 2017 fue galardonada con el premio Sor Juana Inés de la Cruz por su novela *La dimensión desconocida*.

juego - María José Ferrada

María José Ferrada nació en 1977 en Temuco. Es periodista y escritora. Sus libros para niños han sido publicados en distintos países y ha obtenido por ellos importantes reconocimientos tales como el Premio Academia, Premio Poesía para Niños Ciudad de Orihuela y Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños, otorgado por la Fundación para las Letras Mexicanas. *Kramp*, su primera novela para adultos, publicada en el 2017 en Chile y traducida a cinco idiomas, obtuvo el Premio Mejor Novela del Círculo de Críticos de Arte, Premio Mejores Obras Literarias del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile, y Premio Municipal de Literatura de Santiago.

kino - Valeria Sarmiento

Valeria Sarmiento nació en 1948 en Valparaíso. Es directora, guionista y montajista. Estudió Filosofía en la Universidad de Chile de Valparaíso y Cine en la Escuela de Cine de la misma ciudad. Comenzó su carrera haciendo el montaje de las primeras películas de Raúl Ruiz. Debutó como directora con el documental *Un sueño como de colores* (1972). Su cinta *Las líneas de Wellington* fue seleccionada para representar a Portugal en los premios Oscar 2013. Ha dirigido además, *Amelia Lopes O'Neill* (1990); *Secretos* (2008); *Maria Graham* (2014), entre otras. Ha recibido importantes reconocimientos internacionales como el Premio Nuevos Realizadores del Festival de San Sebastián en 1984 por *Mi boda contigo* y en el 2019 la Universidad de Valparaíso le otorgó el grado doctora Honoris Causa.

lenguaje - Sebastián Errázuriz

Sebastián Errázuriz nació en 1975 en Santiago. Es compositor, productor y director de orquesta. Actualmente es director Artístico del Ensamble MusicActual; desde 2017 vive y compone en Frutillar, Ciudad Creativa de la Música. En 2008 estrenó su ópera *Viento Blanco* en el Teatro Municipal de Santiago y en 2013 *Gloria* en el GAM. En el 2015 escribió *Papelucho*, por encargo del Teatro Municipal de Santiago. En el 2003 recibió el primer lugar en el Concurso de Composición Jorge Peña Hen con la obra sinfónica *La Caravana*. Fue galardonado con el Premio del círculo de críticos de Arte 2008 y con el Premio Altazor 2009.

llenar - Nancy Yáñez

Nancy Yáñez nació en 1965 en Quemchi Chiloé. Es abogada y docente en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Doctora en Derecho por la misma universidad y Magíster en Derecho Internacional mención DDHH por la Universidad de Notre Dame (EE.UU). Es directora del Centro de Derechos Humanos de la Universidad de Chile. Es coautora de los libros *La Reforma Agraria y las Tierras Mapuche* (2003); *Las aguas indígenas* (2011); *Los pueblos indígenas y el derecho* (2013), publicados en LOM ediciones, y *Entre el desarrollo y el buen vivir* (Catarata, 2013), entre otros.

memoria - Claudia Campaña

Claudia Campaña nació en Santiago. Es historiadora del arte. Doctora en Teoría e Historia del Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense de Madrid (España); Master in History of Art, Courtauld Institute of Art, University of London (Reino Unido), y Licenciada en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Actualmente es profesora titular de la Facultad de Artes de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autora de varios ensayos y libros, entre los últimos destacan *Adolfo Couve: una lección de pintura* (Eco, 2002; Metales Pesados, 2015); *El manuscrito de Winchester* (Orjikh, 2014); *Adolfo Couve: imágenes inéditas* (Orjikh, 2017); *Michael Jackson: artes*

visuales y símbolos (2018) y *Roser Bru: un gesto de simetría* (2019), ambos publicados en Metales Pesados.

nosotros - Elicura Chihuailaf

Elicura Chihuailaf nació en 1952 en Quechurewe. Es poeta y autor de más de una decena de publicaciones de poesía y prosa tanto en castellano como en mapudungún. Entre sus obras destacan *El invierno y su imagen* (Mimeo, 1977); *De sueños azules y contrasueños* (Ed. Universitaria, 1995); *La vida es una nube azul* (Ed. U. de la Frontera, 2015), entre otras. Obtuvo el Premio Mejores Obras Literarias que otorga el Consejo Nacional del Libro y Lectura (1994) y en 2016 recibió el Premio Luis Oyarzún otorgado por la Universidad Austral.

ñ - Andrea Jeftanovic

Andrea Jeftanovic nació en 1970 en Santiago. Es socióloga y escritora. Doctora en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de California en Berkeley (EE.UU.). Académica del Departamento de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile. Su publicación más reciente es *Destinos errantes* (Tajamar, 2018). La novela *Escenario de guerra* (Alfaguara, 2000) recibió el primer lugar en Los Juegos Literarios Gabriela Mistral (2000), el premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (2001) y ganó el Pen Translate Award para la edición inglesa (Charco Press, 2020). *No aceptes caramelos de extraños* fue reconocida como la mejor obra literaria en 2012 por el Círculo de Críticos de Arte de Chile y se ha editado y traducido en varios países. *Geografía de la lengua* (2007), fue traducida por el sello portugués Teorema. Además, es autora de libros de no ficción, *Hablan los Hijos* (Cuarto propio, 2011); *Escribir desde el trapecio* (Ed. UDP, 2017), y *Conversaciones con Isidora Aguirre* (Cuarto Propio, 2019).

obsesión - Andrés Claro

Andrés Claro nació en 1968 en Santiago. Es filósofo, ensayista y académico. Realizó sus estudios de posgrado en Filosofía

y Literatura en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Francia) y en la Universidad de Oxford (Inglaterra). Es profesor en el Doctorado en Filosofía con mención Estética y Teoría del Arte de la Universidad de Chile. Su pensamiento se aboca a problemas de poética, teoría de la representación, filosofía del lenguaje e historia. Es autor de una decena de libros, entre los cuales se cuentan, *La Inquisición y la Cábala* (1996; 2a ed. 2009) y *Las vasijas quebradas* (2012); y la trilogía de ensayos *La creación* (2014), *Imágenes de mundo* (2016) y *Tiempos sin fin* (2018).

palabra - Álvaro Viguera

Álvaro Viguera nació en 1979 en Valparaíso. Es actor, director de teatro y académico de la Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Estudió actuación en esta misma universidad y también realizó estudios de dirección en la Escuela de Cine San Antonio de los Baños (Cuba). Ha participado como actor en diversas producciones de teatro, cine y televisión. Destaca su trabajo de creación escénica como director en obras tales como: *Sunset Limited*; *La Grabación*; *Aliento*; *Pulmones*; *Novocento*; *El Cepillo de Dientes*; *Conferencia sobre la Lluvia*; *La Desobediencia de Marte*; *El Zoológico de Cristal*; *Tío Vania*; *El Misántropo*; *Happy End*; *Todos Eran mis hijos*, entre otras. Su ópera prima en cine, *Pérez*, recibió el premio Mejor Director en competencia cine chileno del festival SANFIC 2012.

Qapac Ñan - Olaya Sanfuentes

Olaya Sanfuentes nació en 1968. Es historiadora. Estudió Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile y se doctoró en la misma disciplina en la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Actualmente es profesora de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su área de investigación se centra en historia cultural, historia religiosa, historia de la alimentación, imágenes visuales, memoria y patrimonio. Es coautora de los libros *El viaje de Colón* (2006); *Las hazañas de Almagro* (2006); *Darwin, un viaje al fin del mundo* (2008) y *El insólito viaje de*

Jemmy Button (2008), todos publicados por Editorial Amanuta. Además es autora del libro *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso* (Ed. U. Católica, 2009).

realidad - Óscar Contardo

Óscar Contardo nació en 1974 en Curicó. Es periodista y escritor. Estudió periodismo en la Universidad de Chile y ha participado de los talleres de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano sobre periodismo cultural. Es columnista de Reportajes de La Tercera, y ha colaborado con las revistas Sábado y Gatopardo de México. Anteriormente fue periodista del suplemento Artes y Letras de El Mercurio. Sus crónicas han aparecido en diversas antologías, como *Extremas* (UDP, 2019). También es autor de los libros *Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile* (2013); *Raro. Una historia gay de Chile* (2011); *La era ochentera. TV, pop y under en dictadura* (2015) y *Rebaño* (2018), todos editados por Planeta.

saberes - Francisco Mouat

Francisco Mouat nació en 1962 en Santiago. Es escritor, librero y periodista. Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Fue redactor de las revistas Apsi y Hoy, periodista del programa de televisión El Mirador, director del semanario deportivo Don Balón y editor de la revista Domingo en Viaje, de El Mercurio. Hoy es parte de Librería Lolita y también trabaja en radio ADN. Es autor de una decena de libros, entre ellos, *El empampado Riquelme* (2001), *Chilenos de raza* (2004); *Algunos adioses* (2010); *Soy de la U* (2013) y *Tres viajes* (2014), todos publicados en Lolita Editores.

territorio - Eugenio Dittborn

Eugenio Dittborn nació en 1943 en Santiago. Es artista visual. Estudió pintura, dibujo y grabado en la Universidad de Chile, así como en Madrid, Berlín y París. En 1984 creó sus Pinturas Aeropostales. Además de su trabajo artístico, se desempeñó como profesor en el Magíster de Artes Visuales de la Universi-

dad de Chile. Fue galardonado con el Premio de Grabado en el Primer Salón de Gráfica de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1978), con el Premio de Grabado en la III Biental de la misma universidad (1982), y con el Premio Nacional de Artes Plásticas (2005).

universo - Alejandra Costamagna

Alejandra Costamagna nació en 1970 en Santiago. Es escritora y periodista. Doctora en Literatura por la Universidad de Chile. Ha publicado las novelas *En voz baja* (Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral 1996), *Ciudadano en retiro* (1998); *Cansado ya del sol* (2002); y *Dile que no estoy* (Premio Círculo de Críticos de Arte 2007); los libros de cuentos *Últimos fuegos* (Premio Altazor 2005); *Animales domésticos* (2011), *Había una vez un pájaro e Imposible salir de la Tierra* (2013); y el compilado de crónicas *Cruce de peatones* (2012). Su más reciente novela, *El sistema del tacto*, fue finalista del Premio Herralde 2018. En 2003 obtuvo la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa, y en 2008 el Premio Anna Seghers a la mejor autora latinoamericana del año.

viaje - Rafael Sagredo

Rafael Sagredo nació en 1959 en Santiago. Es historiador, profesor y editor. Doctor en Historia por El Colegio de México. Actualmente es académico del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. En los últimos años sus investigaciones se han centrado en la historia de la ciencia y en la historia social de la cultura. Autor y coautor de más de un centenar de textos sobre historia de Chile y América, sus libros individuales más recientes son *Historia mínima de Chile* (Turner, 2014) y *J. T. Medina y su biblioteca americana en el siglo XXI. Prácticas de un erudito* (Ed. Biblioteca Nacional, 2018).

web - Pablo Chiuminatto

Pablo Chiuminatto nació en 1965 en Quilpué. Es artista visual y académico. Doctor en Filosofía mención Estética y Teoría del Arte y Magíster en Artes Visuales por la Universidad de Chile. Su línea de investigación se centra en el campo de la historia de las ideas, la estética, las tecnologías de la información, la ecocrítica y humanidades ambientales. Autor de *René Descartes, el método de las figuras, imaginario visual e ilustración científica* (2013); y coautor de *Futuro esplendor: ecocrítica desde Chile* (2019) y *La imaginación: el taller de la mente* (2019), publicados todos en Orjikh editores.

xenofobia - Carlos Peña

Carlos Peña nació en 1959 en Santiago. Es abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctor en Filosofía de la Universidad de Chile. Actualmente es rector de la Universidad Diego Portales y columnista de El Mercurio. Es uno de los directores del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y vicepresidente del Centro de Investigaciones Periodísticas (CIPER). Autor de *Lo que el dinero sí puede comprar* (2017); *¿Por qué importa la filosofía?* (2018); *El tiempo de la memoria* (2019); *Pensar el malestar* (2020), todas publicadas por el sello Taurus.

yo - Constanza Michelson

Constanza Michelson nació en 1978 en Viña del Mar. Es psicoanalista y escritora. Magíster en Psicoanálisis de la Universidad Andrés Bello. Directora y cofundadora del Centro Psicológico Pulso Psicología y Psicoanálisis. Actualmente se dedica, además de la práctica clínica, a la escritura y la crítica cultural. Es parte del colectivo creador de los diálogos ciudadanos “Coloquio de perros”. Colabora en diversos medios, entre ellos The Clinic, La Tercera y Huffington Post (España). Autora de *50 Sombras de Freud* (Catalonia, 2015); *Neurotic@s* (Planeta, 2017) y *Hasta que valga la pena vivir* (Paidós, 2020).

zaguán - Cristián Warnken

Cristián Warnken nació en 1961 en Santiago. Es poeta, editor y profesor de literatura. Estudió Pedagogía en Castellano en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha creado diversos proyectos en prensa, radio y TV, entre los que destacan el periódico Noreste y el programa La belleza de pensar. Actualmente dirige la Editorial UV, es columnista de El Mercurio y conduce el programa de conversación Desde el jardín en radio Pauta. Autor de los poemarios *Las palabras del chamán en el fin de mundo* (Pfeiffer, 2012); *Un hombre extraviado* (Pfeiffer, 2017), entre otros.

Agradecimientos Fundación Puerto de Ideas

Puerto de Ideas de la A a la Z

A todos quienes han contribuido a hacer posible Puerto de Ideas y nos han acompañado de distintas maneras durante estos 10 años.

A Coopeuch, Fundación Mar Adentro y tantos otros que nos han apoyado en el pasado y que han creído en este proyecto.

A la Ilustre Municipalidad de Valparaíso, por acompañarnos desde el comienzo y colaborar activamente cada año.

A nuestro Consejo Asesor de Valparaíso, que nutre la programación del Festival proponiendo temáticas, pensadores, autores y artistas nacionales e internacionales de excelencia. Y a los amigos y amigas que generosamente comparten reflexiones y nombres con el fin de enriquecer nuestros contenidos.

Al Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, y a los distintos organismos que han hecho posible la realización de Puerto de Ideas, como el Comité de Donaciones Culturales, el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, la Seremi de las Culturas de Valparaíso, el Programa Diálogos en Movimiento y la plataforma audiovisual Ondamedia, por su apoyo y colaboración en estos diez años.

A la Universidad de Valparaíso por su compromiso y confianza desde nuestros inicios. El apoyo que recibimos cada año de sus estudiantes voluntarios, de la Dirección

de Análisis Institucional, del Instituto de Sociología y de todos sus funcionarios, ha sido esencial para que la experiencia del Festival sea una verdadera fiesta porteña.

A los medios de comunicación, instituciones académicas, embajadas, centros de investigación, editoriales, museos, centros culturales y comunitarios, que fortalecen y potencian nuestra labor a través de un trabajo colaborativo.

Al equipo de Puerto de Ideas, tanto de la Fundación como de Valparaíso, por su dedicación y cariño por lo que hacemos; en especial a Loreto Ortúzar que trabajó con entusiasmo y profesionalismo en este libro.

A nuestro público, cuya participación y apoyo año a tras año son fundamentales para seguir creyendo y construyendo este proyecto.

a b c ch d e f
g h i j k l ll m
n ñ o p q r s
t u v w x y **Z**

Este libro se realizó en el taller de
Orjikh editores durante
la cuarentena del
año 2020.

a b c

ch d e

f g h i

j k l ll

m n ñ

o p q r

s t u v

w x y **z**

Raúl Zurita ~ Rafael Gumucio ~ Pablo Simonetti ~ Agustín Squella ~ Lina Meruane ~ Sonia Montecino ~ María Teresa Ruiz ~ Adriana Valdés ~ Patricio Fernández ~ Nona Fernández ~ María José Ferrada ~ Valeria Sarmiento ~ Sebastián Errázuriz ~ Nancy Yáñez ~ Claudia Campaña ~ Elicura Chihuailaf ~ Andrea Jektanovic ~ Andrés Claro ~ Álvaro Viguera ~ Olaya Sanfuentes ~ Óscar Contardo ~ Francisco Mouat ~ Eugenio Dittborn ~ Alejandra Costamagna ~ Rafael Sagredo ~ Pablo Chiuminatto ~ Carlos Peña ~ Constanza Michelson ~ Cristián Warnken ~ *edición de* Leila Guerriero ~ *prólogo de* Juan Villoro ~ *portada de* Alfredo Jaar.

Este libro conmemora diez años
desde el primer Festival
Puerto de Ideas
Valparaíso.

FUNDACION
PUERTO DE IDEAS

